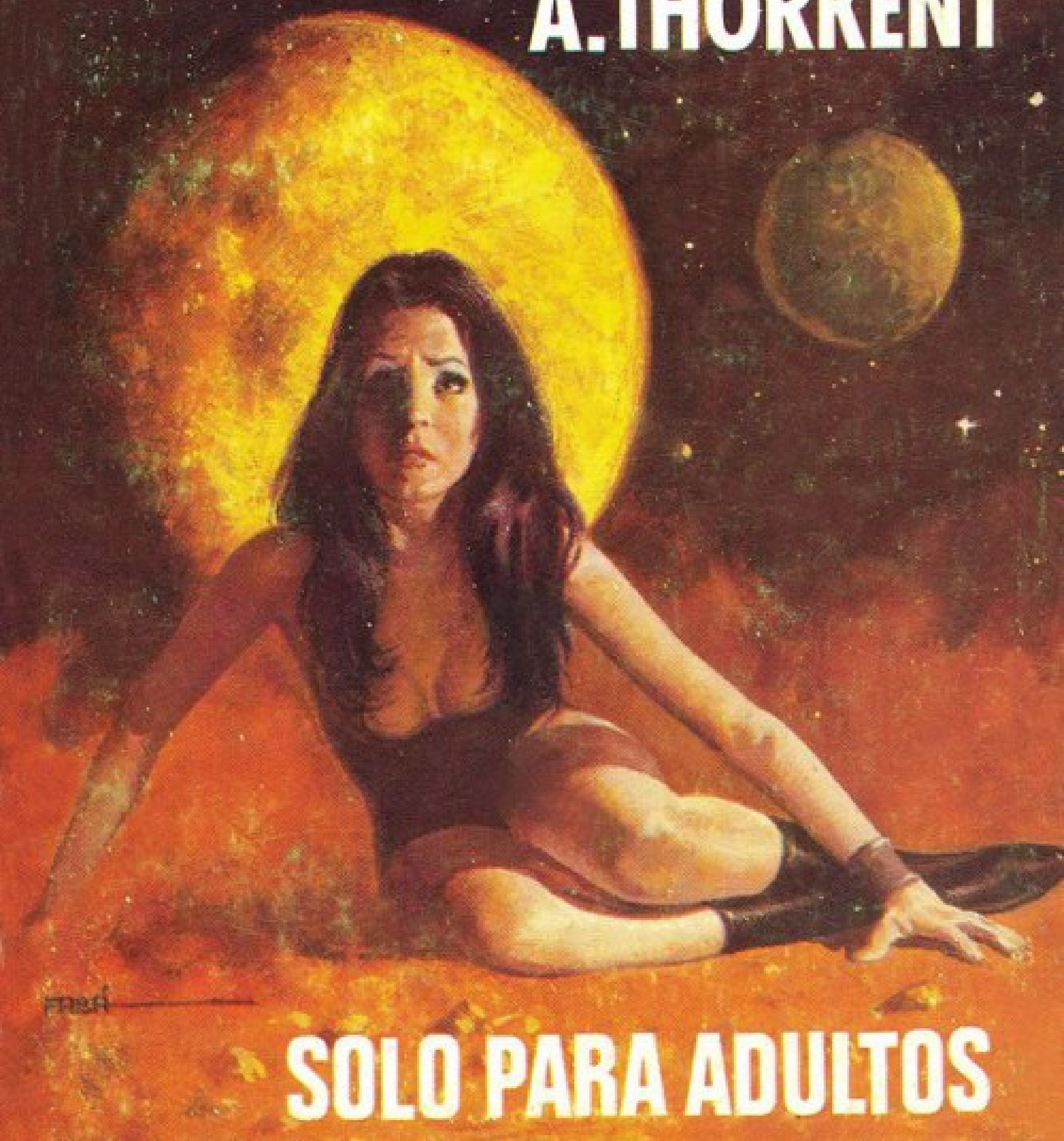
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

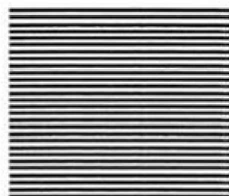
EL ASTEROIDE DE KASSANDRA

A. THORKENT

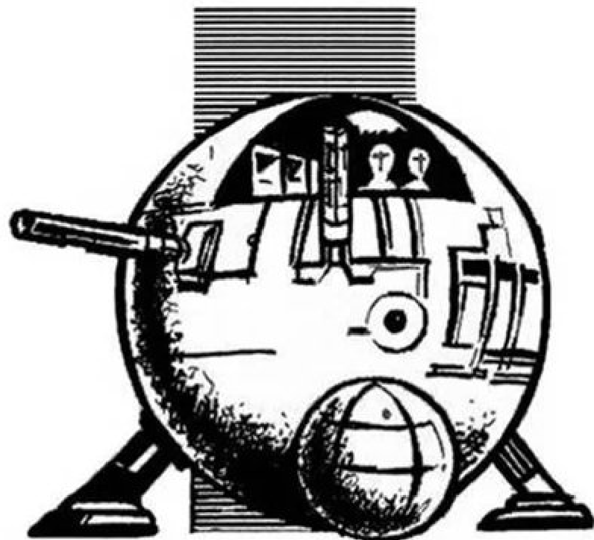


SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

93 - Robot, fundador, Elliot Dooley.
94 - Los neutrones de la muerte, Eric Sorenssen.
95 - Mundo de alucinación, Law Space.
96 - La huella del invasor, Rocco Sarto.
97 - La amenaza de E.R.W., Elliot Dooley.

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

A. THORKENT

El Asteroide de Kassandra

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 98
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 366-1982
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1982
1.ª edición en América: septiembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO I

Aquella noche Kassandra no parecía estar de buen humor. Eso pensó Cupiers cuando la mujer le pidió con gesto imperioso que se marchase.

Saltó del lecho y anduvo hasta el rincón del dormitorio donde tenía sus ropas. Desde allí, dando la espalda a Kassandra, preguntó:

—¿Qué te sucede? Sé que aún no te he satisfecho. Te he notado como ausente.

La mujer se puso de pie en la gran cama circular. Su espléndida figura desnuda se reflejó en el espejo cercano a la puerta y por él pudo Cupiers admirar aquella belleza, en cierta forma salvaje, que hasta hacía poco había tenido entre sus brazos.

—Tengo que pensar en otras cosas —respondió ella descendiendo del lecho. En realidad no debí haberte llamado esta noche.

—Entonces abriremos una botella y nos emborracharemos.

—¡No! —contestó ella con firmeza. Se acercó a la ventana y contempló lo que había al otro lado con las manos apoyadas en sus caderas—. Quiero estar sola.

—Debías decirme qué te preocupa.

—Nada que tú puedas ayudarme.

—Eres injusta conmigo, Kassandra —dijo Cupiers mordiéndose los labios. Se puso los pantalones y cogió la camisa. Con ella en la mano dio unos pasos hacia la ventana—. Sabes que puedes confiar en mí. Soy tu más fiel servidor.

No se atrevió a añadir nada más. Por el momento era el favorito de Kassandra. Desde que una noche fue invitado por ella a la apetecida alcoba de la máxima autoridad de Centro Gamma, se sucedieron nuevos encuentros amorosos, hasta el extremo que todo

el mundo daba por descontado que, al menos por algún tiempo, Kassandra no elegiría nuevo amante. Tal predilección de la mujer por él supuso para Cupiers un ascenso en su categoría, convirtiéndose en el segundo en el mando del asteroide.

Cupiers se cerró la camisa y estaba ajustándose el cinturón con el enorme pistolón láser cuando Kassandra se volvió para mirarle. Su profunda mirada negra se posó en la fornida figura del amante, y con serena entonación en su voz seca le dijo:

—Mañana nos veremos, Cupiers. Deseo estar sola.

—No estaré tranquilo hasta que mañana, entonces, me hayas explicado el motivo de tu preocupación, querida.

Enseguida comprendió que había cometido un fallo. Con Kassandra no valían las palabras cariñosas. Ella podía gemir de placer entre sus brazos, pero apenas terminado el orgasmo se volvía fría y calculadora, la mujer poderosa que se había alzado con el poder del asteroide hacía ya cinco años, apenas unas semanas más tarde que llegó mezclada anodinamente en un cargamento normal de nuevos residentes.

Cupiers ya era un veterano entonces y apoyó desde el primer momento a Kassandra, cuando ella retó al líder del asteroide y lo derrotó en el duelo ritual. Pero tuvieron que pasar algunos años hasta que Kassandra se fijó en él y le pidió un poco de amor.

—Si quieres hacer algo por mí, Cupiers —dijo Kassandra. después de hacer desaparecer de su bello rostro la efímera ráfaga de ira—, dispón esta noche lo necesario para que mañana la patrulla de vigilancia salga a la hora prevista, y no más tarde. Últimamente noto cieno relajamiento en la disciplina de Centro Gamma. Y no me gusta.

Cupiers deglutió trabajosamente.

—Lo haré —vaciló un instante—. Nos veremos mañana.

—Buenas noches —contestó la mujer devolviendo su atención a la ventana.

Se escuchó el portazo y ella continuó contemplando sus dominios. Al otro lado del grueso cristal se extendían los domos que componían Centro Gamma. Más allá estaban las viejas viviendas, las primitivas que alojaron a los residentes. Se decía que fueron levantadas por el mitológico Orden Estelar en las postrimerías de su vacilante poder. Nadie sabia exactamente cuál hubiera sido su fin;

pero más tarde la Superioridad modificó todo aquello y lo transformó en el más importante enclave para reclusos de sus dominios.

El asteroide Murdar disponía desde hacía mucho tiempo de una atmósfera artificial, que aunque tenue a unos quinientos metros de altura, era suficiente para mantener la población y recoger algunas cosechas. Alrededor de Centro Gamma se extendía un bosque, como los residentes lo llamaban con bastante presunción, que no era sino una triste copia, nada más que algunos centenares de árboles raquíticos de exótica configuración debida a la diversidad de origen. Allí había ejemplares de muchos mundos, que habían logrado adaptarse al medio con bastante dificultad.

Externamente todo seguía igual que siempre, pese a las modificaciones lentas qué se introducían. Kassandra sonrió y se apartó de la ventana. Centro Gamma había adquirido un aspecto más civilizado desde que ella se hizo con el poder absoluto. Elevó demandas a la Superioridad y obtuvo las materias primas para construir nuevas edificaciones y adecentar las vías de tránsito. Pensó que allá en la Tierra debían ser muy estúpidos si aún no se habían dado cuenta que cada tonelada de acero parecía haberse multiplicado por veinte apenas fue dejada en el pequeño astropuerto del Centro.

¿Cómo es que no se habían percatado que allí existían más instalaciones que las que hubieran podido disponer con sólo contar con los materiales proporcionados? En Murdar no existía hierro ni otros yacimientos. Era una esfera del tamaño equivalente a un cuarto de la Luna, sólo tierra y rocas, con mínima cantidad de agua que nada más podían conseguir excavando pozos profundísimos, escasamente potables y que luego debía ser tratada costosamente para poderse beber.

La energía. Era otra cuestión. Los suministros mensuales que recibían no bastaban para mantener todas las instalaciones por una semana. En cambio el Centro derrochaba luz y fuerza apenas la nave de la Superioridad se alejaba del asteroide.

Allá en la Tierra debían estar dormidos los encargados de supervisar la situación de Murdar, pensó Kassandra. O bien estaban tan seguros que todo seguiría siempre igual en el asteroide prisión que apenas se molestaban en hacer la más mínima investigación.

Despacio, la mujer dejó que la leve sonrisa que había aparecido en su rostro desapareciera. Regresó su aire preocupado. De la cercana mesa cogió una jarra y escanció una cantidad de licor en una copa de plata. La asió con delicadeza y se la llevó a los labios.

El ardor del líquido la hizo entrecerrar los ojos. Lentamente se acomodó en un sillón y cruzó las largas y bien formadas piernas. Miró la puerta por la que había salido Cupiers. Sonrió al acordarse de su rostro sorprendido y molesto cuando ella le pidió que se apartarse. Se le antojó ridícula la figura desnuda de Cupiers. Era un buen amante, a veces incansable. No resultaba hermoso, pero sí excitante. Su fornido cuerpo cubierto de abundante vello la gratificaba generosamente por lo general. Nunca, en realidad, la había defraudado.

A veces, Kassandra había calculado si podía ser conveniente confiarle algunos secretos, pero siempre terminó desechando tal idea. Pese a que Cupiers le había dado muestras de fidelidad desde mucho antes que se convirtiese en su amante preferido, no quería correr el menor riesgo. Aún no. Debía pasar todavía algún tiempo. Tal vez más adelante...

Escuchó un leve rumor que procedía del fondo del dormitorio. Kassandra sintió que sus músculos se tensaban. Sostenía la copa cerca de la boca y la fue apartando de su cara, mirando de soslayo hacia la dirección de donde había salido el levísimo ruido. Intentó medir la distancia que la separaba de sus armas. Algo más de dos metros. No podría empuñar la pistola en menos de un segundo.

De nuevo sus sensibles oídos captaron el rumor. Lo identificó. Eran de pies desnudos caminar sobre el suelo de mármol. Pies pequeños, añadió. Pies de mujer, concretamente. Procedía de la pequeña puerta secreta, que sólo ella conocía, situada tras el dosel de la cama circular.

—¿Cómo has conseguido entrar? —preguntó sin el más ligero tono de alteración en su voz.

—Kassandra, no me has defraudado —escuchó a su espalda.

Era una voz de mujer. Podía afirmar que sonó asombrada, pero nada asustada.

—¿Puedo levantarme? —preguntó Kassandra—. Quiero verte el rostro.

—Desde luego —rió la mujer—. Estoy segura que no llevas

ningún arma oculta.

El cuerpo desnudo de Kassandra se incorporó el sillón. Mientras lo hacía su mano depositó sobre la mesita la copa de plata.

Terminó de volverse y contempló la visita inesperada.

Era una mujer, quizá más joven que ella y de su misma estatura. Tenía el mismo color de cabello que el suyo. Vestía una túnica ceñida a la cintura por un cinturón de piel roja. De todas formas se dijo que disponía de una figura estilizada, magníficamente proporcionada. Como la suya.

Se fijó entonces más detenidamente en el rostro. Tal vez los labios eran más gruesos, sensuales. Los de Kassandra eran finos y levemente duros. La forma del rostro, muy parecido. En cambio, la nariz era afilada y encajaba armónicamente en el conjunto facial. Un par de ojos verdes la miraban por encima de la pistola láser que empuñaba una mano que no temblaba.

Kassandra parpadeó. Sus negras pupilas siguieron estudiando a la intrusa.

—Te conozco —dijo.

—Es posible.

—Llegaste la semana pasada, junto con otros residentes.

—Sí, es verdad. Eres buena fisonomista.

—Sólo llegaron tres mujeres; y tú eras la más hermosa.

—Te agradezco el cumplido —rió la mujer.

—Incluso recuerdo tu nombre. Aquel día leí la lista de recién llegados. Te llamas Pamela O’Leary.

—Pam para los amigos.

—Entonces te llamaré Pamela.

—Tienes razón. No podemos ser amigas.

—Entonces ha llegado el momento de preguntarte qué haces aquí y cómo has llegado hasta mi habitación utilizando un medio que nadie en Murdar, excepto yo, conoce ¿Es necesario añadir que arriesgas la vida?

—Lo último lo sé perfectamente. Respecto a lo demás debes comprender que no podía confiar llegar aquí usando el mismo camino que tu amante. Al otro lado siempre tienes un par de gorilas montando guardia.

—No me has respondido. ¿Cómo sabías la entrada secreta?

—Sería largo de contar, Kassandra. Y no dispongo de mucho

tiempo.

—Para apretar el gatillo no se requiere mucho.

Pamela sonrió ampliamente. Hizo un gestó con la pistola para indicar a Kassandra que no debía seguir retrocediendo despacio hacia el lugar donde colgaba sus armas.

—Podría matarte diez veces antes que consiguieras rozar una pistola. Ten calma.

—Estás loca. Si me matas estás perdida.

—De veras? Siempre puedo escapar por el mismo camino que me ha servido para llegar.

—El láser no hace mucho ruido, pero existe en esta habitación un sistema de alarma que avisaría a mis guardias. Ellos entrarían en dos segundos y te alcanzarían antes que tú volvieses la espalda.

Entonces Pam extrajo un grueso tubo de su túnica. El metal relució y Kassandra palideció al reconocer la clase de arma que era.

—Sí. es un lanzador de dardos. Totalmente silencioso. Está cargado con un veneno equilibrado. Un disparo sólo te haría dormir. Pero el segundo te provocaría la muerte instantánea.

—¿Quién te envía? —el temor empezó a acuciar a Kassandra—. ¿Acaso la Superioridad?

—¿Desde cuándo la Superioridad se ocupa de un asteroide perdido en la Galaxia con unos miles de reclusos?

—¿Entonces?

—Lo siento, Kassandra, pero ya te dije que no dispongo de mucho tiempo.

El lanzador vibró un segundo, se produjo un destello y Kassandra sintió que la aguja penetraba en su seno derecho. Caía al suelo despacio y aún su mente tuvo tiempo de pensar lo que. estaba ocurriendo. El diminuto proyectil de hielo impregnado en algún tipo de veneno estaba diluyéndose en su cuerpo rápidamente.

Pamela corrió a sujetarla antes que cayese y la depositó en el suelo con cuidado. Quería evitar cualquier sonido extraño.

Luego arrastró a Kassandra hasta la cama y la puso encima. La estudió un rato. Había fruncido el ceño, pero cuando se apartó del lecho iba sonriendo levemente. Fue hasta la puerta secreta y regresó con una caja opaca, que puso en la mesita después de acercarla a Kassandra.

Con gestos rápidos, como si se hubiera entrenado a conciencia,

Pamela fue sacando diversos objetos de la caja. Luego puso un espejo tridimensional sobre la mesita, apoyado en la jarra de licor. Sus manos se movían sin la menor vacilación. Se llenó la cara de una crema incolora.

Esperó unos minutos. Cuando la crema adquirió el color de la piel humana, empezó a trabajar su rostro.

Sus ágiles dedos recorrieron la superficie cremosa, cada vez más dura. Como un escultor en plena fiebre creadora miraba alternativamente al espejo y al rostro de Kassandra. Se detuvo un instante y sacó unos alambres dorados, que ensambló con rapidez y puso sobre el rostro de la mujer inconsciente. En el espejo se reflejaron unos gráficos. Volvió a estrujar con vigor diversas zonas de sus pómulos.

Cuando retiró las manos el espejo reflejaba el rostro de Kassandra. Pamela sonrió con los labios finos y crueles del ama del asteroide. El tono de la piel era ya natural con la ligera palidez que buscaba. Entonces sacó unas lentillas. que colocó sobre sus pupilas verdes. Se miró la profundidad negra de sus nuevos ojos. Asintió satisfecha.

Aún esperó unos instantes hasta que la mascarilla quedó fija. Abrió la boca y gesticuló forzándola. Las reacciones respondieron a sus deseos. Recogió todos los objetos y los guardó en la caja.

Entonces miró el cuerpo inanimado. Apoyó el mentón en la mano, pensativa. Cogió la pistola de dardos y acarició el gatillo.

Un nuevo disparo mataría a Kassandra, pensó.

CAPITULO II

El carguero partió del pequeño astropuerto apenas los nuevos condenados se alejaron unos metros. El impulsor de taquiones lanzó una serie de destellos y la masa metálica y deforme se elevó hacia las estrellas.

El grupo de nuevos residentes, como solían llamarse entre sí los integrantes de la comunidad, se miraron perplejos. Luego se volvieron cuando del vehículo que había permanecido cerrado y quieto al otro lado de la pista escupió unos hombres.

Uno de ellos, alto y corpulento, se destacó. Se plantó ante el grupo compuesto por seis hombres y cinco mujeres y los miró un rato. Dijo:

—Bien venidos a Centro Gamma —sonrió—. Últimamente los enemigos de la Superioridad están aumentando, al parecer. ¿Algún reo político?

Nadie.se movió y Cupiers agitó la cabeza, disgustado.

—Aquí eso no tiene importancia. Además, disponemos de sus datos, amigos.

Al ver que ninguno hablaba, soltó una carcajada.

—Está bien. Como quieran. Yo soy Cupiers y el segundo en el mando del Centro. ¿Entendido? Aquí existen unas reglas, que si las acatan será mejor para ustedes. Su estancia será ligeramente más cómoda. Piensen que morirán en este asteroide. Háganse a la idea y se sentirán menos desdichados.

Hizo un gesto y el vehículo se acercó gimiendo. Era muy viejo y parecía estar lleno de remiendos. El motor tosió al detenerse. Se abrió una puerta y Cupiers les invitó a subir.

Fueron entrando los residentes, despacio. Estaba como asustados. Cupiers sonrió para si. Al principio siempre se

comportaban igual. No debía olvidar que la mayoría eran asesinos, que debían tener sobre sus espaldas muchos crímenes, robos a gran escala o fraudes sonados. A Murdar no se enviaban mediocridades. Se fijo en el último, quien con un pie en el peldaño se volvió para mirarle.

Cupiers sacó las tarjetas que el carguero había arrojado. Localizó la de aquel hombre.

—Te llamas Karl Stein —dijo, molesto por la mirada desafiante que le dirigía. Al parecer asaltaste una colonia en Altear VI. Te llevaste un buen pico. Entonces eras piloto comercial, aunque la Superioridad te había militarizado cuando la guerra contra los mits.

—Si eso pone ahí será cierto —adujo Stein.

—No te hagas el duro aquí, amigo.

—¿Es un consejo?

—Ahora, sí. Luego, cuando conozcas el Centro, lo debes recordar como una orden. No olvides que yo soy el segundo en el mando.

—¿Quién es el primero?

—Kassandra.

—¿Una mujer?

Stein soltó una carcajada, tan fuerte que hizo enrojecer a Cupiers.

—Debería partirte la boca —silabeó Cupiers.

—No sé donde me enteré que aquí gobierna el más fuerte. ¿Quién es esa Kassandra? ¿Acaso una mutante de cinco metros de altura?

—Aquí sólo hay humanos. A los mutantes y humanoides los mandan a otras partes. Kassandra es una mujer, y también la más fuerte e inteligente de Murdar. Vamos, entra.

Aún flotándole en los labios la divertida sonrisa, Stein ascendió al vehículo y se acomodó en uno de los pocos asientos libres.

Cupiers pasó por su lado, evidentemente molesto. No le miró y entró en la cabina del conductor, sentándose a su lado. Enseguida el vehículo se puso en marcha y se dirigió al conjunto de edificaciones al otro lado de una llanura cubierta de raquíticos árboles.

Stein sintió que le tocaban en el hombro. Se volvió. Era un residente veterano, no alguno de los que habían hecho el largo viaje en el carguero.

—Hola, me llamo Brick Connors.

—Stein. Karl Stein.

—Lo oí. ¿Puedes aún sorber otro consejo?

—Depende.

—Mira, no creas que me eres simpático. De hecho ningún recién llegado me lo resulta. Pero tenemos una norma estricta que nos obliga a ser amables con los nuevos residentes durante la primera semana. Todos cumplimos esa norma. Incluso Cupiers. Por lo tanto, debes dar gracias a esa norma de que sigas conservando la cabeza sobre los hombros.

—¿Hay más normas?

—Bastantes. Pero ésas las conocerás cuando leas el reglamento. Te lo darán al llegar al pabellón de novatos. Debes aprendértelo esta noche. Así, a partir de mañana, no cometerás más errores.

Stein atisbó por la tronera. Pasaban árboles pequeños, de extrañas ramas y singulares hojas de muchos colores.

—Aquí deben ser los días muy cortos —comentó.

—Usamos la medida estándar. Veinticuatro horas.

Durante ese tiempo verás salir el sol dos veces. Ya te acostumbrarás.

—Estoy un poco aturdido.

—Es el aire. Muy ligero. Tal vez mañana vomites al despertarte, pero te darán algo en la enfermería que te ayudará a la aclimatación. ¿También tienes problemas con la gravedad?

—No. Sé mantenerme en caída libre.

—Mejor. Ya estamos llegando.

El vehículo se detuvo delante de una edificación de extraño aspecto. Al bajar, Stein se fijó que más allá se alzaban domos relucientes y las vías entre ellos eran amplias y estaban limpias.

—¿Por qué nos alojamos aquí? —protestó—. Es una pocilga.

—No aprenderás, amigo —sonrió Brick—. Acostúmbrate a no protestar nunca y vivirás hasta morirte de vejo. Sólo estaréis aquí unas horas. El médico vendrá a inspeccionaros. Desde luego es una rutina estúpida. Sabemos que la Superioridad nunca mandaría un enfermo o portador de un virus mortal que diezmara el penal.

—Un penal muy singular —asintió Stein.

—Aquí la vida es dura y muere mucha gente. Se ponen nerviosos en ocasiones y se matan entre sí.

—¿Duelos?

—Los hay legales, pero cuando un tipo es cobarde espera a su rival en una esquina oscura y lo ensarta con una daga vibrante. ¿Sabes cómo son?

—Las he visto usar. Muy sucias. Dejar un agujero muy grande, tanto que se puede meter la cabeza.

Cupiers ladró unas órdenes y sus ayudantes fueron metiendo a los nuevos residentes en el pabellón. Dentro no estaba tan mal como temió Stein. Aunque no relucía de limpio, tampoco existía demasiada suciedad y las camas parecían cómodas. Había más de veinte, lo que le hizo pensar que a veces el carguero arrojaba bastantes más reclusos que en aquella ocasión.

—Son las diez horas, tiempo de Murdar —gritó Cupiers—. Cenaréis aquí y os iréis a la cama como buenos muchachos —miró a las chicas—. Supongo que por una noche no tendréis ganas de fornicar. Dejadlo para otro día. ¿De acuerdo? Mañana, a las seis horas, vendrá el doctor y os extenderá el certificado para que así podáis circular libremente por el Centro.

Al callar, un ayudante sacó unos folletos que repartió entre las once personas.

—Leedlos varias veces, hasta aprenderlo de memoria. Es el código de Murdar. Básicamente es sencillo, pero vital para la salud de todos.

Alguien protestó. Dijo que ellos ya disponían del certificado médico de las autoridades penales.

—Aquí no sirve. El doctor os interrogará. Evitamos problemas en Murdar. —Cupiers se desabrochó el chaquetón y mostró una placa circular que llevaba prendida de la camisa, a la altura del corazón. En ella estaban grabados diversos signos—. Sabréis lo que significa cada signo. Os aconsejo que cada uno diga al médico cuáles son sus preferencias sexuales. Quien no le guste irse con un tipo de su mismo sexo a la cama lo dirá y llevará un signo de identificación. Así, quien le proponga lo que no le gusta sabrá a qué atenerse. Y eso quiere decir lo mismo para las demás tendencias. En Murdar existe libertad total al respecto, pero nadie está obligado a soportar proposiciones que le ofendan. También diréis el tipo de comidas adecuadas para vuestro metabolismo, especialidad, especialidad manual o técnica, etc.

—¿Dónde se puede beber un trago aquí? —preguntó una mujer.

Era pequeña, bastante atractiva.

—Mañana te indicaremos donde está la cantina, preciosa —sonrió Cupiers.

—No olvides tú el código, jefe. Soy lesbiana.

Cupiers enrojeció hasta las orejas y Stein sonrió más abiertamente que nadie. Los demás no se arriesgaron a molestarlo con posturas hilarantes.

El segundo jefe farfulló algunas recomendaciones más. Terminó diciendo que un guardia quedaría apostado en la puerta para impedirles salir.

Se marchó a continuación, seguido de los ayudantes. Brick se quedó de guardia y de alguna forma Karl se alegró de poder conversar con él algo más. Al otro lado de la puerta se escuchó el rugido del vehículo y luego desaparecer al alejarse.

Stein eligió una cama, apartado de los demás. Ningún recluso portaba equipaje alguno. Se suponía que en el asteroide recibirían ropas y utensilios de aseo. Preguntó a Brick por tales cosas.

—Cuando el doctor termine el trabajo recibiréis ropas adecuadas y todo lo demás.

—¿.Por qué adecuadas? ¿Acaso te refieres a uniformes de penados?

—No. Ropas climatizadas. De día hace calor, pero el frío es fuerte durante las tres horas de absoluta oscuridad.

—¿Tienes un cigarrillo?

Brick lo miró perplejo.

—¿Fumas tabaco o alguna hierba especial?

—Tabaco —rió Karl.

—De eso no hay aquí. Bueno, apenas. A veces recibimos un poco, pero se lo queda Cupiers. Aquí cultivamos algunas plantas alucinógenas, poco fuerte. Se venden en la cantina.

—¿Es que circula dinero?

—No en efectivo. Cada uno tiene una cantidad de puntos que puede gastar en el mes. No es mucho, te lo advierto. Si quieres disponer de más oportunidades de satisfacer tus caprichos debes alistarte a las brigadas disponibles.

—¿Qué es este lío?

Brick le señaló el folleto que llevaba en la mano.

—Todo está explicado ahí, amigo. Ahora debo irme. Estaré

fuera. —Se abrochó el abrigo. Al hacerlo, Stein notó el bulto de una larga daga vibratoria—. No está permitido que me quede aquí.

—Pronto se hará de noche y tendrás frío.

—Oh, no sufras por mí. Al lado tengo una caseta desde la cual os vigilaré cómodamente.

—Descuida, que no saldré.

Al marcharse Brick, Stein resopló y miró a sus compañeros. Durante el viaje desde el penal común no habían hablado entre sí lo suficiente para conocerse. Vio que las mujeres, al menos cuatro de ellas, formaban un grupo y discutían en voz baja. La pequeña que confesó ser lesbiana yacía en una cama y tenía la apariencia de dormir profundamente. Los hombres estaban todos apartados y ninguno parecía ser amigo de otro.

Se desnudó despacio y se tumbó. Estaba realmente cansado. Cerró los ojos. Cuando los abrió descubrió que un tipo de tez macilenta le miraba fijamente. Inmediatamente desvió los ojos de él. Stein se apresuró a catalogarlo como homosexual. Seguramente no volvería a insistir al día siguiente, cuando recibiese su placa y el signo adecuado mostrase que a él le gustaban las mujeres.

Despacio sacó una holografía pequeña, que ocultó entre sus manos. Mostraba una mujer, muy hermosa. La contempló largo rato. Cuando la guardó se puso de lado e intentó dormir.

Pensó que Kassandra era muy atractiva. Le gustaría acostarse con ella, decidió.

* * *

—¿Qué tal el nuevo grupo?

Cupiers se humedeció los labios. Permanecía de pie, delante de la mesa que ocupaba Kassandra. Seguía con el ceño fruncido, como si una profunda preocupación la atormentase. Desde aquella noche en que prácticamente lo expulsó del dormitorio, no lo había llamado. Aquello le molestaba profundamente. En una ocasión quiso despertar sus celos llevando una chica a su apartamento haciendo ostentación de ello. Sin duda Kassandra lo supo, pero no le hizo el menor comentario.

Pensó que la líder debía tener algo muy importante su mente,

sin duda. A veces le ocurría algo parecido, pero nunca le había durado tanto tiempo.

—Once. Cinco son mujeres. Ya los ha calificado el doctor y hoy han comenzado a recorrer el Centro. Les asigné unos instructores para que no cometan equivocaciones. Supongo que, de todas formas, serán prudentes. Deben conocer el código.

—¿Algún profesional?

—Un piloto. Se llama Karl Stein.

—Hazle que se apunte en las brigadas.

—Lo hará. Tiene vicios. Le gusta beber y fumar tabaco. Necesitará muchos puntos extras.

—¿.De dónde viene?

—¿Quieres que te lo diga o prefieres leer su ficha?

Kassandra lo miró con malestar.

—No me gusta tu tono, Cupiers.

—A mí tampoco que me tengas olvidado desde muchos días.

—No puedes reprocharme nada. Nadie ha ocupado tu puesto.

—Lo sé.

—¿Acaso me vigilas?

Cupiers apretó los labios. Los ojos de Kassandra se endurecieron.

—Eso no me gusta, Cupiers. No tenemos ningún compromiso.

—Kassandra, precisamente tu comportamiento es que me intranquiliza. Nunca dejaste de tener un hombre a tu lado. Te gustan demasiado.

—Tal vez estoy cambiando —empezó a sonreír burlona.

—Es posible, pero no lo creo.

—Hice un cambio cuando me dediqué a ti exclusivamente, ¿no?

—Es cierto. Sinceramente te digo que si me hubieras reemplazado por algún otro —no estaría tan preocupado.

—¿Insinúas que sólo estás inquieto por mi salud mental?

—Trabajas mucho últimamente.

—No hay más remedio.

—¿Por qué no me dices de una vez qué es lo que hay detrás de todo este proyecto, Kassandra?

—Lo sabrás algún día.

—Eso me lo prometiste hace tiempo. Aún sigo esperando.

—Ya queda menos. A propósito del proyecto, ¿crees que ese Stein sería un elemento de confianza?

Cupiers puso gesto de incredulidad.

—¿Quieres enviarlo abajo tan pronto?

—Hace un mes me diste un informe que decía que precisábamos más mano de obra especializada. Te hago caso, simplemente.

—Es verdad. Pero me resisto a otorgarle a Stein esa confianza tan pronto.

—Estúdialo durante dos o tres días. Al cabo me das tu opinión —le dirigió una mirada larga—, Pero que sea imparcial.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer no te ha sido simpático.

—Ahora eres tú la que confiesa que me espías.

—Te he visto discutir con él esta mañana. Tuvo que intervenir Brick Connors. —Kassandra arrugó el celo—. Hablando de Brick. ¿Por qué no está incorporado al proyecto? Lleva más de un año aquí. Y fue un ayudante cualificado de navegación, con tanta práctica que podría conducir una nave sin problema alguno.

—Mis hombres de confianza me indicaron que no debíamos fiamos de él.

—Pero lo nombraste ayudante.

Cupiers rió.

—Eso sólo le otorga el derecho de portar una daga, no una pistola oculta a la vista de todos. Además, así le mantengo controlado.

Ella meneó la cabeza.

—Ayer repasé los historiales de varios sospechosos, Cupiers. He descubierto a varios que podrían incrementar el equipo del proyecto. Debemos efectuar una revisión.

—Podría ser arriesgado.

—Nada de eso. Calculo que enviar abajo unos diez o doce sería beneficioso.

—Como tú digas.

Kassandra asintió. Tomó unas listas y registros de su mesa y pareció enfrascarse con su lectura.

Cupiers se movió nervioso.

—Si no quieres nada más de mí…

Ella alzó un instante la cabeza.

—No, gracias. Nos veremos en el comedor más tarde. Así conoceré a los nuevos.

El hombre apretó los puños, se giró sobre los talones y salió precipitadamente de la habitación.

Cuando se marchó dando un ligero portazo, Kassandra levantó los ojos y emitió una sonrisa cargada de burla.

CAPITULO III

En la cantina habían tomado unas copas. Karl insistió en pagar y Brick no se opuso con mucha fuerza. Le restaron los correspondientes puntos de la tarjeta. Entonces sugirió dar un paseo.

—¿Tienes mucho interés en.conocer la urbe? —preguntó Brick.

—Yo diría que es un poblado, nada más —respondió Stein una vez en la calle, mirando las casas cercanas.

—Ha cambiado mucho en poco tiempo. Todo es obra de Kassandra.

—Al parecer la admiráis mucho, ¿no?

Echaron a caminar hacia el centro. Eran las primeras horas del día, justamente en el primer amanecer. El gran sol rojo ascendía con rapidez hacia el cenit. El frío de las horas nocturnas desaparecía del ambiente. No había mucha gente por las vías, aunque en el siguiente cruce estaba reunido un grupo bastante numeroso.

Entonces Brick respondió a la pregunta de su nuevo amigo:

—Sensatamente tenemos que reconocer que ella ha sabido organizar las cosas. Antes esto, según dicen los viejos, era una cloaca. El material que enviaba la Superioridad se amontonaba cerca del astropuerto, sin apenas utilizarse. Kassandra, apenas consiguió el poder, dictó leyes y organizó las brigadas voluntarias. Al principio todos debieron reírse de ella entre dientes, pero se dieron cuenta que controlaba el economato y que sin puntos no beberían más de la cuenta ni gozarían de otras comodidades, todos sin excepción corrieron a apuntarse para el trabajo.

—¿Y nadie la retó?

—Apenas llevaba unas semanas en el mando un tipo recién llegado, que no la vio luchar antes, lanzó el reto. Kassandra lo

venció y lo mandó al hospital por una larga temporada. Si luego alguien pensó lo mismo decidió olvidarlo. Además, todos estamos conformes que las cosas han mejorado mucho. ¿Para qué otro jefe?

—Pero ¿y si alguien la reta y termina venciéndola?

Brick se rascó la nuca.

—Bueno, creo que tendríamos nuevo jefe, al menos como unas cinco semanas, que es el plazo que debe transcurrir para que sea lanzado otro reto. Y me figuro que habría cola para medirse con él.

—¿Tantas ganas hay de poder?

—No. Quiero decir que muchos querrían vengar a Kassandra.

Stein señaló el grupo de residentes.

—¿Qué hacen?

—Son elegidos entre los integrantes de las brigadas. Casi siempre son los mismos. ¿No has notado que ese edificio es diferente?

Stein se fijó que la construcción donde permanecían los hombres y mujeres era más grande que las demás, de forma geométrica y sin la menor gracia.

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé. Yo nunca fui elegido para trabajar dentro. Kassandra tiene algunos secretos que no divulga; pero se ha comprometido a contarlo todo cuando llegue el momento.

—¿Qué momento?

—Eso no lo sé. Pero cuando en las reuniones mensuales alguien está un poco bebido y se siente valiente le pregunta que cuándo demonios llegará el instante prometido y todos sabremos lo que hay dentro de esa construcción que la misma Kassandra dirigió desde los cimientos. Ella dice que antes que finalice el actual año nos revelará lo que es el proyecto, como lo conocemos. Se detuvieron. En aquel momento la pesada puerta de acero del edificio gris se abrió. Salieron dos hombres armados con pesados láseres y se apostaron a ambos lados. Empezaron a entrar los componentes del grupo, con orden y sin prisa alguna. Cuando pasó el último, los guardianes lo siguieron y las puertas se cerraron tras ellos.

Stein tenía arrugado el ceño cuando preguntó:

—¿Armas en el asteroide?

—Existen algunas.

—¿Las envía la Superioridad?

—¿Estás loco? Lo único que nos remiten son dagas. Pero Kassandra reunió a los más cualificados armeros y los obligó a fabricar algunas. Te advierto, amigo, que Kassandra tiene su guardia personal. Algunos podrás reconocerlo por sus pañuelos rojos alrededor del cuello. Siempre tienen un arma oculta, además de la daga visible. Cupiers es el hombre de confianza de Kassandra, además de su amante desde hace tiempo. Al parecer se llevan muy bien, ya que ella no llama últimamente a nadie por las noches.

—Imagino que quienes pasan de las brigadas voluntarias al grupo de élite que trabaja en. ese edificio misterioso dispondrán de más puntos al mes, ¿no?

—Desde luego. —Habían dejado atrás el geométrico edificio—. Su nombre es Punto Alfa. Mira. Al otro lado de la plaza está la residencia de Kassandra, conocida por Omega.

Stein sonrió.

—Alfa es el principio y Omega el fin. En medio, Gamma. Si Kassandra puso esos nombres es posible que naciera en la Tierra.

—Todos pensamos que sí.

—Todo muy griego. ¿Sabes que fue Kasandra? Con una sola ese.

—No —murmuró Brick, molesto al tener que reconocer su ignorancia.

—Déjalo. Era una broma. Como instructor mío te pido que me —lleves a inscribirme a las brigadas de voluntarios.

—Haces bien. Siempre se logran más puntos. Y allí no se trabaja mucho estos días, ya que casi todo está hecho y sólo de vez en cuando es necesario llevar a cabo algunas reparaciones o levantar más casas cuando la población aumenta, lo cual no ocurre muy a menudo.

—¿No? Es raro, ya que no cesa de llegar nuevas remesas de reclusos.

—Pero la mortandad en Murdar es alta, amigo.

Stein le miró extrañado. Brick lo tomó de un brazo. Señaló la entrada de otra cantina y propuso:

—Te lo explicaré mientras nos tomamos unas copas; pero éstas las pago yo.

* * *

Brick apuró su copa e hizo señas a la camarera para que trajera otras. En la cantina no había mucha gente y ellos ocupaban una apartada mesa, lejos de la puerta. Cuando la mujer dejó las bebidas, Stein instó a su compañero a que siguiese hablando.

—Centro Gamma era antes una cloaca. El antecesor de Kassandra ya hizo algunas reformas, pero no las suficientes para dar un barniz de decencia y organización a esto. Aquí morían todos los días algunos, hombres o mujeres. Por las noches corría el licor y las drogas y las disputas eran frecuentes. La vida no valía nada, amigo.

Brick suspiró.

—Eso es, precisamente, lo que yo esperaba encontrar aquí. —Stein sonrió—. Confieso que estoy sorprendido al comprobar que existe una especie de ley que todos acatan.

—Es cierto. Pero una vez a la semana, para dar suelta a las pasiones, Kassandra otorga licencia absoluta para que se celebren duelos o las peleas terminen con la muerte de algún contendiente. Es la válvula de escape imprescindible para que la población se mantengan más o menos estable.

Antes había períodos en que disminuía alarmantemente. Ahora el aumento es casi imperceptible. Precisamente por eso, ante las demandas de Kassandra, la Superioridad consintió en aumentar los envíos de material, gracias a los cuales se levantó toda una nueva serie de casas, se repararon las vías y se renovó la instalación energética.

Por la ventana cercana, Stein echó un vistazo al cielo cubierto de nubes.

—¿Dónde estamos, Brick?

—¿Eh? Ya. Te preguntas que dónde está en la galaxia este condenado asteroide. —Se encogió de hombros—. Nadie aquí lo sabe. Ninguno poseemos los suficientes conocimientos y medios para triangular la posición. Sólo la Superioridad lo sabe, amigo. Ellos, cuando tienen un grupo de reclusos molestos, los meten en el carguero y lo descargan aquí al mismo tiempo que el material y vituallas. Esta es una cárcel barata. No gastan nada en guardianes. Sólo abonan parte de nuestra comida. El material no vale nada en realidad. Son sobrantes, cosas defectuosas en su mayor parte.

—¿Cómo es el resto de Murdar?

Brick se echó hacia atrás. Empujándose con las manos en la

mesa.

—Eres muy curioso. ¿Qué quieres saber?

—Lo que hay fuera de la urbe.

—Cultivos, bosques.

—¿Más allá?

—Están los lindes. Son postes que te indican que no debes ir más adelante.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez porque es posible perderse en un sitio como éste donde no hay estrellas para guiarte y el sol sale dos veces al día y nunca por el mismo sitio. El agua escasea.

—¿Esas son las causas?

—¿Te parecen pocas? Si te refieres a que está prohibido ir más allá, te equivocas. Unos cien kilómetros después de los postes es inútil seguir caminando.

—¿Quién ha hablado de caminar? —Stein señaló unos vehículos que pasaban por la calle—. Me gustaría tomar uno de ésos y hacer una excursión. Aprovechando mis días libres, desde luego. No pienso faltar a mis futuros compromisos en las brigadas.

—Los coches están controlados por los fieles de Kassandra. No podrías conseguir uno. Olvídalo.

Stein jugueteó con el vaso.

—¿Qué diversiones hay por las noches? —preguntó al cabo de un rato.

—Jugar a las cartas y otras cosas. Bailes y bebida.

Busca una chica que tenga tu misma señal en la placa e invítala a la cama.

—Me disgusta hacer el amor a la vista de los demás —masculló recordando el dormitorio comunal.

—Olvidaba darte esto —sonrió Brick tendiéndole una llave—. Es la de tu habitación. Si ella no te invita a la suya siempre puedes llevártela a tu nuevo hogar.

* * *

La mujer vertió el líquido negro sobre la vasija. Iba a hundir sus manos en él cuando escuchó que un puño golpeaba la puerta tres

veces seguidas.

Kassandra se envaró. Le habría gustado disponer de un visor y saber, sin preguntar quién la llamaba a aquellas horas.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz alta.

—Soy Cupiers, Kassandra. Abre. Es urgente.

Un rostro preocupado le devolvió una mirada inquieta desde el espejo. Pamela O'Leary había estado a punto de hacer borrar las facciones de Kassandra de su rostro. Aquella composición de piel sintética debía ser renovada periódicamente. Guardó rápidamente la vasija con el líquido en un cajón y se puso una túnica antes de dirigirse a la puerta del dormitorio.

Al otro lado estaba Cupiers, que la miró con ansia sexual.

—¿De qué se trata? Estaba a punto de irme a la cama.

—Una desaparición, Kassandra.

—¿Y eso es importante? Hace unos días fue una Noche Libre. Debieron morir más de los que registramos, ¿no?

—Ocurrieron dos duelos y sólo quedaron heridos. Luego en la disputa de la cantina Tres hubo un muerto, una chica llamada Kira. Está conservada en los frigoríficos a petición del médico por si necesita algo de ella para algún trasplante. A pesar de todo, falta una mujer en la urbe.

—Estará por algún lado.

—No. Era vecina de un tipo que le gustaba. Nunca consiguió llevarla a la cama, pero hoy vino a decirme que desde hace días Pamela O'Leary no es vista por ningún lado.

Kassandra cruzó los brazos.

—¿Qué temes de ella?

—No lo sé; pero me dijeron que hace algunos días, apenas llegó, la vieron curiosear entre los vehículos. Se interesaba demasiado por ellos. Estoy pensando que podría haber cruzado el límite.

—¿Falta algún coche?

—No, pero...

—Entonces no puede haber ido muy lejos. Coge algunos hombres adicionales para que formen más patrullas de las normales. Si se ha dirigido al otro lado del asteroide la descubriremos.

Cupiers asintió en silencio y quedóse mirando el contorno del cuerpo de la mujer tras la túnica.

—¿Qué esperas? —le instó ella, impaciente. Pam notaba que la

tirantez de su rostro iba en aumento.

—Podría pasar y discutir algunas cosas más, Kassandra.

—¡No! Me has preocupado por lo de esa chica. Quiero que envíes las patrullas al otro lado esta misma noche, para que cuando se produzca el primer amanecer, dentro de cuatro horas, estén en el lugar donde suponemos haya podido llegar.

—Está bien. Supongo que algún día volverás a ser amable conmigo.

Pam cerró la puerta y aseguró la llave magnética. Suspiró y se llevó la mano a la cara. Cuando la retiró la palma estaba impregnada en una sustancia color carne. Afortunadamente la luz cerca de la entrada era tenue y le había estado dando en la espalda. Cupiers no pudo percatarse de nada.

Usó el líquido para librarse del resto de la máscara. Recuperó su rostro. Incluso se quitó las lentillas, volviendo sus ojos a ser verdes. Luego sacó una peluca rojiza, que se ajustó a la cabeza. Eligió unas ropas anodinas y fue hasta la salida secreta, detrás de la cama.

Por el camino tomó la pequeña pistola láser, que se guardó entre la blusa y el pantalón corto. Echó un último vistazo a su aspecto en el espejo y se dio un aprobado ligero. De noche nadie podría reconocer en ella a Kassandra o a Pamela. Sería otra mujer la que actuaría.

Aseguró la entrada secreta y recorrió un largo pasillo, débilmente alumbrado. Cuando llegó a otro más ancho aligeró el paso. Se detuvo ante una puerta de acero, que abrió utilizando su llave codificada. De allí pasó a un profundo túnel que se perdía en la oscuridad a ambos lados. Lo cruzó, pasando por encima de los rieles, subió al estrecho andén y penetró por una abertura de las cuatro que habían.

Sus zapatillas de goma no producían el menor ruido. Pero cuando se acercó a la habitación de la que surgían luces y voces, caminó con más precaución. Allí estaban los guardias. Seguramente se sorprenderían mucho si descubrieran una desconocida en Punto Alfa. Para todos no sería Kassandra sino una mujer que más tarde sería identificada como Pamela O'Leary. Y a partir de entonces todo el asteroide se conmocionaría ante la desaparición de su líder Kassandra.

Dejó atrás el cuerpo de guardia y ascendió por unas escaleras

que se curvaban de forma empinada. Entró en un salón, lo cruzó y llegó a la puerta de salida de Punto Alfa. Salió a las sombras de la noche. Al otro lado de la calle descubrió las luces de un vehículo de vigilancia. Desapareció por la plaza principal y entonces saltó al centro de la vía. Casi corrió hasta llegar a una casa cerrada, de la que pendía una oscilante luz roja.

Era la morgue de Centro Gamma.

CAPITULO IV

Habían transcurrido cuatro semanas y Stein se sentía totalmente integrado en la variopinta comunidad del asteroide. Había tenido aventuras con varias chicas y en las Noches Libres sostuvo disputas con algunos tipos, aunque nunca llegaron los litigios a convertirse en duelos a muerte. De las peleas salió con un ojo morado y el labio partido dos veces, pero ganó nuevos amigos, sobre todo sus contrincantes que se rindieron a la evidencia de sus puños.

—Buscan camorra con los recién llegados, apenas éstos se están aclimatando. Es una especie de novatada —le explicó Brick mientras le contemplaba como se limpiaba una noche de pelea la sangre que bajaba de los labios—. De ellos no tienes nada que temer en una Noche Libre. Pero debes mantenerte alejado, al menos por el momento, de los que lucen cicatrices con orgullo. Si te ve alguno de ellos con alguna mujer que les haya rehusado una invitación, para desquitarse te retarán, incluso a duelo a muerte.

Stein había contemplado ya varios duelos. De ellos siempre salía un muerto que era conducido a la morgue, en donde el doctor Osborn lo recibía muy complacido. Se decía que le gustaba tener repuestos para futuros trasplantes, pero también se comentaba que le encantaba la vivisección. Brick le contó que Osborn había sido un magnífico cirujano, pero fue demasiado lejos con sus experimentos y por eso terminó en Mudar.

En la cantina Uno, la principal y de mayores dimensiones, que las Noches Libres siempre estaba abarrotada. Stein pudo observar a sus anchas a Kassandra. La seguía siempre Cupiers, ostentando sus armas. Detrás del lugarteniente no faltaban nunca dos tipos, con aspecto brutal, que llevaban pañuelos rojos alrededor del cuello.

Kassandra charlaba con todo el mundo, reía y bebía más que

nadie. Contemplaba con expresión ávida los duelos que se desarrollaban en el centro de la cantina y no se inmutaba cuando uno de los contendientes caía al suelo con la daga vibratoria clavada en el vientre, aumentando sin cesar la herida.

Pero Stein nunca pudo cambiar unas palabras con la líder del asteroide. Es más, tampoco consiguió un asiento cerca de ella. Todo el mundo, incluso las mujeres, parecían disputarse el honor de permanecer cerca de Kassandra.

—Estoy convencido que la mayoría la adora —dijo a Brick.

—No te quepa la menor duda —respondió su amigo.

Le dio con el codo, señalando unas chicas sentadas en una mesa cercana a ellos.

—¿Qué te parece si las invitamos a unas copas? Yo conozco a la morena y es estupenda en la cama si tiene algo de licor en las tripas. La otra lleva poco tiempo, pero está muy solicitada.

Stein la contempló era rubia y alta, casi tanto como él. Tenía abultados senos y buenas caderas, pese a lo cual su vientre era plano y algo musculoso.

—No me apetece esta noche —respondió Karl—. Vele con alguna de ellas si te place.

—Desde luego que lo haré —rió Brick dejándole solo.

Stein lo saludó alzando su copa. Buscó un cigarrillo y lo encendió. Era un tabaco bastante bueno. Dudaba que fuera de Murdar. Seguramente llegó en el carguero de la semana pasada. Le había costado tres puntos. Aquello le hizo recordar que su saldo no era del todo bueno, pese a que había conseguido ganar puntos adicionales trabajando diariamente en las brigadas.

No había mucho trabajo en aquellos momentos en la urbe. Lo más lejos que había ido fue cuando un día lo llevaron hasta el límite. Allí trabajó reponiendo postes caídos. Más allá el paisaje era menos agradable porque apenas existían bosques ni campos cultivados. Crecía una hierba rala y amarillenta, salpicada de trecho en trecho por arbustos de pálido color verdoso.

Pero aquel día descubrió en el suelo bastantes huellas de ruedas. Se adentraban más allá del límite.

Aquel hallazgo lo comentó con Brick y éste le aclaró que existían patrullas que incluso llegaban hasta el límite. La formaban hombres de pañuelos rojos, de toda confianza de Kassandra. Al querer saber

qué intentaban vigilar, su amigo le respondió que era asuntó privado de Kassandra, que nadie se había atrevido a preguntarla al respecto.

Pero una noche en que estaba más bebido de la cuenta, Brick le confió algo inédito:

—Por las noches escucho los motores de los vehículos pasar delante de mi casa, muchacho. Y siempre coinciden las vigilancias más estrechas con las tormentas al otro lado del asteroide.

Tormentas. Stein no había visto llover todavía en Murdar, aunque sabía que a veces llovía esporádicamente. ¿Cómo podían existir tormentas allí? Y Brick debió referirse a relámpagos, porque le habló de destellos que surgían de detrás de la escarpada cordillera cuyos picachos se elevaban por encima de la tenue atmósfera de Murdar. Para Stein aquello no tenía sentido.

O si lo tenía debía buscar una explicación distinta a la que Stein creía conocer.

Era una Noche Libre. Todo el mundo parecía disponer de saldo abundante y el vino, licor y droga se consumía en grandes proporciones. Más allá, Brick.conversaba con la rubia y la morena, riendo y. abrazándose a ellas. Stein decidió ignorarlo. Miraba hacia la vacía mesa. reservada siempre para Kassandra. Estaba sobre una tarima y desde allí se dominaba el amplio salón de la cantina.

Se habían producido dos peleas, que antes que generalizase en una algarada total, los guardianes hicieron su aparición, tranquilizando un poco los ánimos. Luego se produjo un duelo y los dos contendientes saltaron al círculo central, que quedó libre al instante. Fue de corta duración. Uno recibió un tajo en el brazo y el otro se dio por satisfecho. Intervino Osborn y se llevó al herido, mostrando su enfado visiblemente. Stein sospechó que el doctor pensaba que un muerto siempre daba menos trabajo y que curar al herido le iba a quitar tiempo aquella noche de estar en la cantina.

Kassandra hizo su aparición. Stein notó enseguida que no la seguía su perro faldero. Sólo dos matones cubrían la espalda de la bella mujer. Se dirigió a su mesa saludando, estrechando manos y aceptando copas que le tendían.

Kassandra llevaba una blusa anudada a la cintura y unos pantalones cortos y estrechos. Para Stein estaba aquella noche más atractiva que nunca. Pidió a la camarera una botella y sin pensarlo

dos veces encaminó sus pasos a la tarima.

Al llegar ante la mesa de Kassandra observó que los guardaespaldas se volvían para mirarle, aunque sin ningún gesto hosco. Tal vez, por llevar poco tiempo, no le conocían.

Stein alzó la botella y dijo mirando fijamente a los ojos de Kassandra.

—Señora, te invito de esta botella. Me han dicho! que es lo mejor que se puede beber en Murdar —sonrió—. Y así debe ser porque mis buenos puntos me ha costado.

Kassandra permaneció imperturbable. Echó un vistazo a la botella y asintió después de leer la etiqueta.

—Así es, novato. Y creo que deberías bebértela tú solo o en compañía de... —hizo una pausa para leer en la placa su calificación sexual—, alguna chica que consienta tu compañía.

—Sólo quiero beber una copa con la más hermosa de todas. —Karl hizo una pausa larga. Notaba que muchas miradas estaban puestas en él. Había llamado ya la suficiente atención, pensó—. Es decir, con Kassandra.

Uno de los matones se incorporó y le invitó a largarse.

—Estoy en mi derecho de invitar a una dama que es heterosexual. Me he leído bien tus leyes, Kassandra, y sé que no cometo ningún delito. Por el contrario, una invitación no debe ser rehusada en una Noche Libre si no se quiere ofender a quien la ofrece de buen talante.

El guardaespaldas cruzó una mirada con Kassandra y ésta debió advertirle que se sentase.

—¿Por qué ese interés en invitarme, novato? —preguntó Kassandra.

—Llevo el suficiente tiempo para que la palabra novato me moleste, señora. Pero viniendo de ti la admito. En cuanto a mi interés, tengo que explicar que he oído por ahí que eres una magnífica amante, pero que sólo pueden compartir tu lecho aquellos que son elegidos por ti. Y eso, Kassandra, no está bien porque infringe el código que tú redactaste.

Se escuchó un murmullo de asombro, seguido a continuación de un silencio total.

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirió la mujer.

Stein se alzó sobre la tarima y llenó el vaso de Kassandra. Luego

él bebió directamente del gollete. Entonces dijo:

—Evidentemente yo debería ofrecerte mi lecho, pero sospecho que el tuyo será más amplio. Por lo tanto, tengo el placer de ofrecerte una larga y apasionada noche de amor donde tú prefieras —soltó una corta risa, agregando—: Disfrutando de ti no me importaría en el bosque o más allá del límite.

—Estás ofendiendo a Kassandra —mascolló un guardaespaldas llevándose la mano a la empuñadura de su larga daga.

—Nada de eso —le interrumpió Stein—. Es una proposición legal. Ella puede rechazarla porque es su derecho, así como el mío desear su cuerpo. Tal como detalla el código.

—Este hombre tiene razón —dijo Kassandra deteniendo el ímpetu del matón—. ¿Cómo te llamas?

—Karl Stein —hizo una reverencia—. Para servirte, mi señora, en todo cuanto apetezcas.

—Tienes razón, Karl. No me has ofendido, pero como has dicho, estoy en mi derecho y aplazar para otro momento su sugerente invitación.

—Yo opino que te ha ofendido, Kassandra —gritó una voz desde la entrada.

Stein la reconoció. Sabía que se trataba de Cupiers antes de volverse y verle dirigirse a él, rojo de ira.

—El asunto está zanjado —dijo la mujer bebiendo de su copa el vino de Stein.

—¡No! —el rostro de Cupiers se crispó más aún.

—Cupiers, el perro guardián de la bella reina de Murdar se inmiscuye en una conversación que no le atañe —susurró Stein. Se volvió para mirarla—. ¿Qué derecho tiene sobre ti ese hijo de mutante?

El insulto había sido demasiado claro. En la cantina se contuvo la respiración. Cupiers avanzó por la tarima, hasta detenerse a dos metros de Stein, a quien midió con la mirada después de leer su fecha de llegada.

—Estás en condiciones de recibir un reto —dijo Cupiers.

—Creo que sí —sonrió Stein—, Si el código se respeta aquí, llevo bastante tiempo para recibirlo. Y también, por supuesto, para lanzarlo.

A continuación, sin darle tiempo a Cupiers a reaccionar, Stein se

acercó a él y le cruzó el rostro con un par de bofetadas. Había visto que otras veces los duelos no tenían un comienzo tan caballeresco, pero pensó que él podía implantar la moda de abofetear en lugar de emitir insultos seguidos de puñetazos.

Cupiers se tambaleó. Alguien impidió que cayese de espalda. Lo empujó y todos pudieron ver que tenía las mejillas rojas.

Se escuchaban las primeras risas burlonas. Aquel sonido debió significar para Cupiers el impulso que necesitaba para echarse sobre Stein. Lo hizo ciegamente y Karl deslizó su cuerpo a un lado, le puso una zancadilla y el lugarteniente de Kassandra resbaló de lo alto de tarima y se estrelló contra una mesa, a la que hizo trizas.

Desde el suelo, entre astillas, Cupiers se revolvió y empezó a sacar su láser. Entonces Kassandra, de un brinco, se puso de pie y le gritó:

—¡Basta! Esto será un duelo, no un asesinato. Cupiers, has sido el retado y puedes elegir entre los tres métodos.

Dos hombres con pañuelos rojos le izaron y durante unos instantes tuvieron que sujetarle para que no saltase sobre la tarima, desde la cual Stein le contemplaba con insultante indiferencia.

Respirando ruidosamente, Cupiers dijo:

—El definitivo. Quiero el duelo a muerte. Las armas serán dagas largas; sin escudo alguno.

Brick corrió hasta donde estaba Stein. Le agarró de un brazo y le dijo aprovechando el clamor de entusiasmo que se producía entre los parroquianos de la cantina:

—Muchacho, estás loco. Los duelos que has visto hasta ahora son para niños comparado con el que ha elegido Cupiers. Sin escudo no puede durar más de unos segundos. Como mucho, un minuto.

Stein sonrió.

—Mejor. Así no me cansaré.

CAPITULO V

La noticia del duelo se extendió por la urbe y la cantina se llenó hasta la puerta. Desde hacia mucho tiempo Cupiers no recibía un reto. Muchos miraban con compasión al novato y empezaron a cruzar las primeras apuestas. Y éstas no trataban de quién iba a vencer, sino de los segundos que Stein iba a vivir apenas sonase el silbato.

Se hizo un círculo de unos diez metros de diámetro en el centro del establecimiento. Trajeron dos largas dagas, casi espadas. Se sortearon, según el ritual, pese a que ambas eran idénticas. Stein tomó la suya y comprobó que la carga de energía estaba completa. La blandió y el aire silbó agudamente, llenándose de descargas luminosas. Al otro lado del circulo, Cupiers empezó a manejarla con evidente pericia, trazando dibujos rápidos.

—Ya no puedes echarte atrás, amigo —suspiró Brick, que le ayudó a quitarse la ropa.

El duelo exigía que cada contendiente estuviese desnudo de cintura para arriba.

—No es ésa mi idea —replicó Stein sin dejar de mirar a Kassandra, quien como una diosa pétrea lo miraba todo desde su sillón, inalterable.

Un veterano residente hizo las veces de juez. Situó a los duelistas y trazó una línea roja en el suelo. Lo señaló y dijo:

—Quien la cruce no podrá volver a su lado, pero el otro tiene el derecho a ocuparlo. No hay más reglas. Los dioses y la pericia del mejor serán los que designen al vencedor.

Se llevó un silbato a la boca y sopló.

Apenas se apagó el silbido cuando Cupiers cruzó la línea y atacó a fondo.

Empuñó la daga como una espada y trazó unos molinetes, que Stein comprendió eran para distraerle. Los detuvo y el aire se llenó de destellos al entrechocar los aceros vibratorios. No se dejó engañar y se limitó a observar a su contrincante. Veía muy seguro a Cupiers. Seguramente era un consumado espadachín y había enviado al infierno a varios hombres.

Usualmente se usaban escudos con las dagas largas, pero sin ellas bastaba que un simple arañazo convirtiese al alcanzado en un ser indefenso. La vibración se adueñaría de su cuerpo, dejándole indefenso por unos segundos, en los que no podría defenderse. Sería entonces muy simple al otro darle el golpe definitivo en el vientre, el sitio más indicado para reventarlo.

De pronto, Cupiers cambió de táctica. Obligó a Stein a volver a su segmento y allí le lanzó dos amagos que con dificultad pudo controlar. Pero había perdido el equilibrio. El brazo de Stein empezó a dolerle. El golpe había sido muy fuerte y sintió los músculos agarrotados. Saltó al otro lado y desde allí intentó un pinchazo.

Vio que Cupiers reía. Su ataque había sido demasiado infantil. Le dio un golpe cerca de la empuñadura y Stein casi soltó el arma. Había visto la punta de la daga enemiga muy cerca de su brazo. El público rugió adivinando que el combate a punto de concluir. Todos pensaban que aquel loco no era enemigo para el veterano.

Stein lanzó una mirada a Kassandra. Descubrió en su rostro una profunda preocupación. Aquello le hizo sonreír. Estaba esperándolo. Dio un salto de casi dos metros y se plantó al otro lado de Cupiers después de pararle un golpe que pretendió ensartarle en el bajo vientre.

Volvió a coger la empuñadura como si la daga fuese una espada. El pulgar rozaba el inyector de energía. De pronto lo apretó a fondo, paró el acero contrario y lanzó un amago contra la unión de la daga y la empuñadura. Cupiers abrió la boca, ahogando un grito de dolor. Había recibido una descarga fuerte.

Stein cortó el flujo de la energía al acero y entonces compuso un extraño arco en el aire con la punta de la daga, distrajo a Cupiers y a continuación, antes que saliese del asombro, lo hirió en el brazo que sostenía la daga.

Cupiers soltó un bramido de dolor, quizá demasiado fuerte

porque pensó que su cuerpo se agitaría por efecto de la vibración. Pero la herida de su miembro era limpia. El arma no le había transferido energía alguna. Mas del corte largo y recto surgió sangre y aquello le hizo retroceder. Stein cruzó la línea y ahora su arma despidió una cascada de fuego cuando cruzó el aire y chocó el acero casi inerte del contrario.

Cupiers soltó la daga, que rodó por el suelo. Stein se acercó a ella y la apartó de un puntapié. Avanzó hacia el vencido que se agarraba el brazo herido sin dejar de mirarle.

—Es suficiente —dijo Stein desactivando la daga y clavándola a medio metro de Cupiers.

Alguien gritó que era un duelo a muerte y sólo podía acabar con la sangre de un vencido, que la que manaba de la herida de Cupiers no era suficiente.

—Para mí esto se ha acabado. Soy dueño del duelo y yo dicto su final. No me interesa que Cupiers muera porque no deseo que Kassandra llore su muerte. —Se dirigió a la salida, caminando altivo por el pasillo que la multitud le abría a su paso. Desde la salida agregó en voz alta—: Kassandra, bébete mi vino y déjale un resto a tu amante vencido. Por supuesto, tampoco me interesas tú... como mujer, pero seguiré obedeciéndote como reina del asteroide.

Salió a la calle dejando un murmullo de asombro a sus espaldas. Brick meneó la cabeza y lo siguió, pensando que se había hecho amigo de un loco.

En la cantina, Osborn miró la herida de Cupiers, quien muy pálido parecía tener la mirada pérdida en un lugar impreciso.

—Esto no es nada, ¿eh? Te la vendaré y estarás como nuevo mañana. Apenas te ha arañado. Ah, si hubiera habido energía en la punta en ese momento ya no tendrías brazo, sino un muñón a la altura del hombro. ¿Por qué habrá hecho esto ese tipo?

—Lo mataré —dijo Cupiers entre dientes.

—Tendrás que esperar un mes para obtener la revancha —le dijo Kassandra mientras se retiraba de la tarima—. Es la ley.

Cupiers tragó saliva y la vio marchar seguida de sus guardaespaldas. Se dejó conducir por el médico a la trastienda de la cantina. Allí, dijo Osborn, le curaría más tranquilo.

* * *

Brick encontró a Stein sentado junto a la entrada de su casa. Tenía la silla reclinada sobre la pared y fumaba tranquilamente, echando volutas de humo al cielo oscuro del rápido atardecer.

—Has cometido el mayor error de tu vida, Karl —le dijo.

—¿Por haber provocado el duelo?

Brick negó con la cabeza.

—No. Por no haberle matado cuando podías hacerlo.

—Me sentí satisfecho humillándolo —sonrió.

—Ahora él no soportará un mes y te esperará una noche para clavarte una daga a plena vibración en la espalda. Se cuenta por ahí que Kassandra no duerme con él desde hace tiempo. Cupiers pensará, si no es llamado a su lecho, que es por tu culpa.

—No me da miedo ese fanfarrón.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me gusta Kassandra.

—¿Y merece la pena hasta el extremo de haber arriesgado la vida? Bah, hay muchas mujeres en Murciar y ella no es mejor que otra furcia. ¿Es el único motivo?

—También estoy cansado de ser uno más. Ahora me tendrá en cuenta. Si no para su cama, sí para otros trabajos más importantes.

Brick se encogió de hombros y dijo antes de darle la espalda:

—Me aburres. Iré a dormir.

Stein se quedo fumando y observándole cómo desaparecía por la primera esquina.

* * *

Kassandra levantó la mirada de los papeles que cubrían su mesa de trabajo. El doctor Osborn resopló y tomó asiento, sin esperar a ser invitado.

—¿Qué tal sigue Cupiers? —preguntó la mujer mientras guardaba algunos registros en un cajón.

—No se morirá de ésta, aunque sí estuvo a punto de fallecer de vergüenza y humillación. Pero no venía a decirte cómo está tu

lugarteniente, sino a informarte que hemos encontrado el cuerpo de esa chica que desapareció.

—¿Pam O’Leary?

. —Sí. Esta madrugada, la primera del día, fue hallada por la patrulla del límite. La he reconocido por su placa, ya que estaba desfigurada terriblemente. Algunas alimañas la utilizaron como desayuno.

—¿Qué hacía allí?

—¿Qué sé yo? Ya sabes que algunos nuevos residentes no se adaptan y cometen locuras. —La miró con ojos entrecerrados—. Como ese Stein, que la otra noche parecía tener muchas ganas que le matara Cupiers.

Kassandra le preguntó sin mirarle:

—¿Vas a utilizar su cuerpo?

—¿El de Pamela? —Osborn puso gesto de asombro—. Ni pensarlo. No sirve para nada. Estaba medio descompuesto. Además, tengo bastantes cuerpos en conserva. Algún día yo mismo usaré el hacha y cortaré la pierna de alguien cuando duerma para distraerme haciendo un trasplante. Me siento desilusionado al ver que no me sirven para nada los cadáveres que guardo.

—No te desesperes. Algún duelo no terminará en muerte.

—Si al menos ese Stein hubiera arrancado el brazo a Cupiers...

—Que no te oiga Cupiers.

—Por cierto, he visto ahí afuera a Karl Stein, esperando. ¿Acaso lo has llamado?

Ella miró la hora y se levantó rápida. Terminó de guardar los documentos, cogió sus armas y salió de detrás de la mesa.

—Si. He decidido incorporarlo a tareas más importantes. Debe estar esperando desde hace más de una hora.

—Ya lo notaba impaciente. —Osborn la siguió hasta la salida—. Kassandra, no te fíes de él. Puede ser peligroso.

—¿Tú crees?

—Tal vez pretenda quitarte el mando. La próxima que se mida con él puedes ser tú.

—Ya lo veremos.

Salieron al vestíbulo. Allí, alejado unos metros de los guardianes, Stein la vio aparecer y se levantó rápido de donde estaba sentado. Mientras Osborn se alejaba farfullando palabras,

Kassandra se dirigió hacia Karl.

—Siento haberme retrasado.

—Estoy a tus órdenes, reina.

—No me gusta el título de reina. Soy la jefe. Nada más.

—Entonces te llamaré Kassandra.

—Eso está mejor. Sígueme.

Stein caminó tras ella. Salieron de Omega y cruzaron la plaza en dirección al edificio Alfa. El hombre sintió un nudo en la garganta y reprimió su incipiente nerviosismo.

Los hombres y mujeres que estaban de guardia les abrieron la puerta. Dentro había un salón grande con escasos muebles. Más allá, casi al fondo, se abría una puerta. Al otro lado se escuchaban rumores de. voces y alguna que otra risa.

—Es el cuerpo de guardia. Aquí siempre tengo hombres de confianza —explicó Kassandra.

—¿Qué es esto?

—Lo conocerás todo. Quiero que dirijas un grupo de hombres.

Bajaron unos escalones y llegaron a un andén. Delante, sobre las vías, había un tren compuesto por una máquina eléctrica y varios vagones y plataformas. En los primeros espejaban unos veinte operarios, cargados de herramientas. Las plataformas estaban llenas de material.

Kassandra subió al primer vagón y tomó asiento. Era pequeño y ellos eran los únicos pasajeros. Ella pulsó un timbre y la máquina se puso en marcha silenciosamente.

Se adentraron en oscuro túnel y Kassandra empezó a explicar:

—El viaje durará unas dos horas aproximadamente. —Vio que Stein lo contemplaba todo lleno de curiosidad—, Estás pensando que nadie te había hablado de que existiese este medio de locomoción subterráneo. ¿Me equivoco?

—No.

—Sólo los operarios que están en los vagones y otros tantos que ahora trabajan al final de este túnel, conocen la existencia del proyecto. Son elegidos cuidadosamente entre los residentes. Ninguno habla de esto con otros que no sean integrantes del proyecto. En total no somos más de cien personas quienes estamos en el secreto.

—¿Qué estáis haciendo?

Kassandra le miró fijamente.

—No lo conocerás todo. En realidad nadie sabe exactamente el alcance de los trabajos. Este túnel se hizo en dos años y mide trescientos kilómetros. Viajamos ahora a casi doscientos por hora. Prácticamente nos trasladamos al otro lado del asteroide.

—¿Por eso está prohibido ir más allá de los postes del límite?

—Entre otras cosas, además de que sería una locura cruzar las zonas peligrosas de la superficie. Existen animales y plantas venenosas que matarían a quienes se arriesgasen a ir a pie. Incluso en un vehículo blindado no sería seguro.

—¿Qué hay al otro lado?

Kassandra cruzó las piernas.

—Teóricamente, ningún residente sabe dónde está en la galaxia el asteroide Murdar. Pero yo sé que su sol es el JL-345 del sector 0988.

La inesperada revelación cogió por sorpresa a Stein. Kassandra sonrió.

—Sé que tú estás al tanto de lo que es el sol JL-345. Tú no eres un convicto corriente, Stein.

—¿Qué entonces? —preguntó Stein agriamente, irritado consigo mismo por haberse dejado sorprender.

—Un enviado de la Superioridad.

El hombre aspiró profundamente y luego resopló.

—¿Vas a matarme ahora?

Ella abrió sus desnudas manos.

—Las armas las tengo enfundadas aún.

—Pero sabes que estoy aquí para descubrir lo que Kassandra, la reina del Centro Gamma, está maquinando.

—Siempre he sospechado que la Superioridad terminaría enviando un agente secreto. Así, cada remesa de nuevos convictos suponía para mí un atractivo juego. Repasaba cada lista, cada expediente. De los que llegaron contigo ninguno tenía tantos cargos. Por lo tanto, tus jefes te prepararon un historial convincente. Fueron unos estúpidos. Te vigilé y no te incorporé a las tareas importantes para hacerte perder la paciencia. La otra noche, cansado, quisiste destacar de los demás, llamar la atención. Venciste a Cupiers. En eso estabas bien entrenado. Conocías las formas de lucha de Cupiers. Apuesto a que otro agente anterior filmó los

duelos que sostuvo y tú los estudiaste, trazando un plan de ataque para vencerle sin lugar a dudas.

Stein se limitó a asentir.

—No me hubiera desagradado, pese a todo, que tú me hubieras invitado a tu dormitorio.

—Gracias de todas formas —sonrió Kassandra.

—Ahora que todo se ha descubierto sigo esperando tus explicaciones. Al menos no moriré lleno de curiosidad.

Stein aún no comprendía cómo Kassandra no le apuntaba con el láser. Pero intuía que detrás suya alguien estaría vigilándole. No quería ni volver un centímetro la cabeza, temiendo que aquel gesto precipitaría el momento de su muerte.

En el fondo del vagón podía haber alguien, esperando la señal de Kassandra para ensartarle una daga o dispararle una descarga de láser. ¿Tal vez era Cupiers su vigilante?

—Antes quiero que me convenzas que eres un espía enviado por la Superioridad —pidió ella.

—No te entiendo... ¿No es bastante mi confesión?

—No en cierto modo. Estoy segura que tendrás alguna identificación. Podría darse el caso que unidades de guerra de la Superioridad llegasen aquí en un momento dado, requeridas por ti.

Confundido, Stein se quitó la camisa y mostró su antebrazo. Al presionar una vena surgió un tatuaje. Kassandra leyó las siglas. Al asentir, Stein dejó que se borrasen simplemente levantando la presión.

—Gracias. Stein, te veo muy resignado —sonrió Kassandra.

—Algún día tenía que suceder. Además, no creo que te atrevas a matarme.

—¿Por qué no?

—Te sirvo más vivo. Así ganarás tiempo. Mientras en la Tierra me crean vivo no enviarán otro espía.

—Tienes razón. Volvamos al proyecto. Visto desde el espacio, el asteroide es cómo un ojo gigantesco. En la otra parte de Murdar existe un cráter enorme, de los tiempos en que aquí no existía atmósfera. Debió caer un gran meteorito. Tiene casi cien kilómetros de diámetro y unos veinte de profundidad. ¿Debo seguir o ahora tú debes explicarme por qué la Superioridad se ha puesto nerviosa de repente?

—Te complaceré —dijo Stein buscando un cigarro. Después de encenderlo, añadió—: Cuando Centro Gamma ya llevaba mucho tiempo funcionando, se descubrió que el sistema del sol JL-345 es el único paso que poseen los mits.

Kassandra soltó una carcajada nerviosa. Comentó:

—Los mitológicos mits, los enemigos de la Superioridad. Mit es el terror de la Tierra. Creo que cuando existía el Orden Estelar ya era un problema esa raza brutal. Pero los mits no existen. O al menos están tan debilitados después de la última guerra que no pueden suponer un peligro serio.

—No lo sé. Sólo sé.que la Superioridad no tiene controlado este sector con sus naves.

—Sería muy sencillo evacuar Centro Gamma y establecer una fortaleza en Murdar.

—Se supone en la Superioridad que tal movimiento de tropas alertaría a los mits, dándoles a entender claramente cuál es nuestro punto débil. Ya sabes cómo son sus naves: toscas y poco maniobrables por el hiperespacio. Pero ellos pueden alcanzar el centro de los dominios de la Superioridad penetrando por el sistema JL-345. En pocos días tendrían aquí sus flotas y unas semanas más tarde rodearían la Tierra. Antes que lograsen acudir las guarniciones lejanas el planeta sería destruido.

—Nadie puede acabar con la Tierra —dijo con vehemencia Kassandra—. Durante miles de años ha sido el mito más fuerte de la galaxia. Sobrevivió al Gran Imperio, al Orden Estelar y ahora la Superioridad lo defiende con todas sus fuerzas.

—Te he explicado cuáles son los temores de quienes me enviaron aquí. —Stein se encogió de hombros—. Tus solicitudes de material inquietaron un poco en la Tierra. Algo se estaba tramando en Murdar y yo tenía que averiguarlo. Cuando tú me revelaste que identificabas el sol que nos alumbra deduje rápidamente que conocías la existencia del paso de los mits hacia la Tierra a través de Murdar. Mi misión era descubrir lo que intentabas. Si sólo estás construyendo una especie e reino para tus caprichos no debíamos inquietarnos.

—Pero ahora supones que yo intento vender la Tierra a los mits, ¿no?

—Evidentemente.

Kassandra movió la cabeza.

—¿Has decidido conservarme vivo o matarme? —preguntó Stein.

—Muerto no podrías ayudarme —rió ella.

—No pienses que colaboraré contigo. Podría intentar hacerte creer que estaría dispuesto, pero sería un juego estéril intentar engañarnos mutuamente.

—Me ayudarás, Karl Stein.

—¿Por qué estás tan segura?

—Me ayudarás a descubrir cómo Kassandra abrirá el camino a los mits en su marcha a la Tierra.

Stein la miró con ojos muy abiertos.

—No puedo comprenderte…

El tren empezó a decelerar. Ella se llevó el dedo índice a los labios y le pidió silencio.

—Espera. Quiero que veas primero el cráter. Luego decidiremos.

Entonces Stein se volvió y miró hacia atrás.

En el vagón no había nadie más que ellos.

CAPITULO VI

Stein vio que al otro lado de la estación, ya al aire libre, se extendía el inmenso cráter, cuyo fondo se perdía entre la bruma. Saltó al anden, repleto de pertrechos y material. De los vagones surgieron los operarios que subieron a vehículos de grandes ruedas, capaces de avanzar en cualquier clase de terreno. No se oía ninguna voz de mando. Todos se movían como un equipo bien entrenado.

Dos hombres armados siguieron a cierta distancia a Kassandra. Ella les indicó que podían descansar. Deseaba estar a solas con su acompañante.

—Estoy confundido, Kassandra —confesó Stein.

Observó que los vehículos con los operarios se perdían por una carretera, la cual terminaba unos kilómetros más adelante, junto donde se alzaba una plataforma de casi diez mil metros de diámetro. Se preguntó si era en el mismo centro del cráter.

—Estoy segura que no puedes aclarar tus ideas, Karl —rió ella con nerviosismo.

Aspiró el aire suave y añadió:

—Yo también quisiera aclarar las más.

—Por los dioses, Kassandra, dime de una vez lo que sea. Me tratas como si fuera tu aliado y no un espía que...

—Es que por fuerza tenemos que ser aliados, Karl —puso las manos en la cintura y lo miró burlona—. ¿Por qué supones que sólo tú eres el único espía en Murciar?

—No sabría como convencerte para que me creyeras. La Superioridad sólo me envió a mí.

—¡Oh, sí! Estoy segura. Después que se marchó el espía de segunda o tercera categoría que te surtió los datos, no hay más que tú de la Superioridad. Pero ¿es que no puede ocurrir que de otro

lugar de la galaxia se hayan interesado en Murdar?

Stein retrocedió un paso. Los guardaespaldas de Kassandra estaban muy lejos. Y los operarios ya se habían alejado muchos kilómetros. Estaban solos en medio del andén. El tren permanecía quieto junto a la salida subterránea del túnel. Kassandra hablaba libremente, pero con cierto tono de ansiedad y preocupación en su voz.

—Los Señores de las Estrellas —susurró Stein.

Ella acogió sus palabras con un asentimiento de cabeza y una amplia sonrisa.

—Piensas bien.

—¿Kassandra un agente de los Señores?

—Kassandra, no. Pamela O'Leary, sí.

—Pam apareció muerta cerca del límite...

—Era el cuerpo de una mujer que conservaba Osborn. Lo desfiguré y una noche lo dejé para que todos creyeran que era Pam. Su ausencia empezó a levantar sospechas en Cupiers y otros. Claro que corro el riesgo ahora de que el médico eche en falta el cuerpo. Pero será difícil porque tiene muchos y poco trabajo en los trasplantes.

Stein meneó la cabeza.

—No puedo creerlo. ¿Tú un enviado de los Señores? Siempre pensé que odiaban a la Tierra.

—Cordialmente, diría yo. Pese a todas las jugarretas que les hizo la Superioridad, nunca levantarían un brazo contra ella. Es más, siempre están dispuestos a ayudarla.

—¿De los mits?

—De quienes sean. En este caso es contra Mit. Sus mundos no fueron enviados todos a otra dimensión y luego abortado el plan de invasión. Quedan aún bastantes. Y quieren la revancha.

Stein miró el cráter.

—Entiendo. Ellos llegarán por aquí. Usarán Murdar como cabeza de puente. ¿Cómo conseguiste introducirte entre los condenados?

—Los Señores se enteraron que algo se tramaba aquí y me enviaron a mí a la Tierra. Me hice condenar rápidamente y luego ocupé el lugar de Kassandra. Llegué hasta ella usando el pasadizo que comunica su residencia con Punto Alfa.

—La eliminaste —dijo Stein secamente.

—Eso pensé hacer, pero me limité a someterla a suspensión animada. La tengo bien guardada. Pero mi plan tiene un gran fallo. Estoy desesperada. ¡No he podido encontrar entre toda la documentación de Kassandra nada que aluda a sus planes, a cómo han de terminar estos trabajos en la plataforma! Pronto los trabajos se detendrán si no logro suministrar más datos a los obreros. Y entonces…

Stein le tomó una mano, apretándola con fuerza.

—Dentro de poco llegará al carguero con los suministros. Subiré a bordo, me identificaré y enviaré un mensaje a la Tierra para que la Superioridad lance sus naves de guerras. Murdar debe ser destruido. Sin cabeza de puente los mits no podrán…

—¡No! —negó ella con la cabeza—. Te olvidas de los miles de residentes. Muy pocos saben lo que se está haciendo aquí. Estoy segura que si intuyeran que se está luchando contra la humanidad se negarían a seguir secundando a Kassandra. Todos creen, los que están al tanto del proyecto, que sólo se trata de preparar la huida general, el abandono de Murdar.

—¿Quiénes están entonces incondicionalmente con Kassandra? —inquirió Stein.

Miraba a Pamela, viendo el rostro de la líder de Murdar. Se preguntó cómo sería ella en realidad. El cuerpo era difícil que no fuese auténtico. Mas, ¿cómo sería su rostro? ¿Tan hermoso y cruel como el de Kassandra?

—No lo sé. Tal vez Cupiers, aunque lo dudo a veces. Lo tengo apartado de mí porque temo que me descubra en medio de cierta intimidad.

—Ahora comprendo la repentina castidad de la casquivana Kassandra —sonrió

—No te burles —replicó ella apretando los labios—. Mi trabajo es demasiado importante. No me habría importado acostarme con Cupiers si estuviese segura que él no descubriría nada.

Stein iba a replicar algo cuando levantó la cabeza al escuchar un lejano y suave ruido que procedía de la muralla norte del cráter.

—No sabía que hubieran vehículos voladores en Murdar —comentó.

—Así es. —Pamela se giró para intentar descubrir el origen de aquel ruido que procedía, al parecer, del cielo—. No hay

deslizadores ni naves espaciales. De eso estoy segura.

Las nubes oscuras ahogaron el incipiente sonido. Stein comentó que tal vez se trataba de una lejana tormenta.

—Volvamos —dijo Pamela—. Sé prudente a partir de ahora. Para todo el mundo te he traído aquí para decirte cuál será tu trabajo.

—Creo que debemos seguir con esta conversación, Kas... Pamela. Esta noche, en tu casa.

* * *

Cupiers bebió de un trago su copa y dijo roncamente:

—Eso es todo, doc. Esa puta se ha deslumbrado con Stein. No sólo lo ha llevado a su lecho, sino que lo ha nombrado encargado de los trabajos especiales. Volvieron hace poco. Salieron de Punto Alfa muy alegres, al parecer. Y hace poco él fue a Omega, en donde ella le tenía preparada una cena íntima.

Osborn suspiró. Parecía cansado.

—Estás celoso, Cupiers. Y eso es malo. No deja pensar fríamente.

—Mataré a Stein.

—Aún no puedes. Faltan unos días para que puedas volver a retarlo.

—No esperaré. Lo llevaré fuera de la urbe y allí lucharemos, sin testigos.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche —aseguró Cupiers acariciando la empuñadura de su láser—. Le haré creer que usaremos dagas. Cuando esté confiado lo atravesaré de un disparo. Esperaré a que salga de Omega.

El médico sonrió, extendiendo la sonrisa por todo el amplio rostro.

—Entonces bebe para que estés eufórico.,

Y le llenó la copa. Cupiers la vació varias veces. Al cabo de un rato rodaba por el suelo. Osborn le dio un puntapié y se aseguró que estaba inconsciente totalmente. Entonces, despacio, acarició el frasquito del cual había vertido cierta cantidad en el licor que bebió el lugarteniente de Kassandra.

Hizo apretar un timbre. Al cabo de un rato apareció Brick Connors. Lo miró un instante y dijo:

—Brick, tu amigo Stein está en problemas.

El hombre asintió. Metió las manos en los bolsillos y esperó.

* * *

—¿Por qué no dices a los guardianes que se larguen? —gruñó Karl—. Me molesta saber que los tengo al otro lado constantemente.

—Entre las muchas cosas que sé de Kassandra, ella nunca hubiera hecho tal cosa. Si los hiciera irse sospecharían. Ellos suponen que te he hecho venir para divertirme un rato, tal vez intrigada por tu virilidad desde la noche que venciste a Cupiers. Es normal en Kassandra.

La miró fijamente.

—¿También en Pamela?

—Aún no conoces a Pamela.

—Es cierto. Y me gustaría ver su rostro.

Despacio, Stein llevó su mano hasta la oreja de Pam. Sabía que allí estaba la unión de la mascarilla. Con suavidad empezó a tirar. Ella apretó los labios. Debía sufrir algo, pero aguantó el dolor.

—Vamos, no me haces mucho daño —le alentó Pam—. En realidad debo cambiarla esta noche —sonrió—. Pero creo que lo haré mañana. A no ser que prefieras la compañía de Kassandra a la de Pamela.

—Eso lo veré ahora mismo.

Stein sostenía la falsa piel. Estaba viendo el rostro, con ligeros restos de plasticarne. Pan parpadeó y luego estudió la reacción de Karl.

—¿Qué tal?

—Muy hermosa —susurró Stein—. Más hermosa que Kassandra; ella es fría, impersonal.

Acercó sus labios a los de ella. Pam le contuvo.

—Espera. Tengo que ir al cuarto de baño. Es preciso que me desprenda de los girones. Mientras puedes ir repasando todos los planes de trabajo que poseía Kassandra.

—Por cierto, ¿dónde está ella? Si no la mataste.

—Hay un cuarto pequeño al otro lado del dormitorio. Cuando descubrí que había una unidad de suspensión animada decidí no matarla.

—¿Para interrogarla? ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque Kassandra es dura. Se dejaría matar antes de confesar nada. Si hubiera dispuesto de medios científicos para soltarle la lengua los habría utilizado.

Stein asintió. Mientras Pam iba al cuarto de baño él se sentó y empezó a repasar papeles y registros. Allí estaba todo lo que Kassandra tenía a su alcance. Al rato se sintió desilusionado. Pam tenía razón. Su plan podía venirse abajo porque llegaría el momento en que ella tendría que impartir instrucciones para el cráter y no había manera de conseguirlas. La suplantación seria sospechada y descubierta enseguida.

Escuchó que ella volvía. Se desperezó y dijo sin volverse:

—Tienes razón, preciosa. Aquí no hay nada que nos sirva. Me temo que vamos a tener que despertar a Kassandra y calentarle los pies.

Sintió que una cálida mano se ponía sobre su hombro. Volvió la mirada. Contempló con admiración el rostro y la figura de Pam. Se levantó y la tomó entre sus labios. Mientras la besaba intentó empujarla a la cama.

—Karl, te había hecho venir para que me ayudaras a encontrar una solución, a descubrir cómo piensan atraer a los mits, y no para que hagamos el amor.

Ante las palabras de ella, Stein se pasó la lengua por los labios, saboreando el cálido aliento que los de Pam habían dejado. Maldijo entre dientes y regresó a la mesa.

—Está bien. Dedicaremos un rato más a esto. Cariño, si mañana no entregas nuevos planes de trabajo para el cráter vas a encontrarte en dificultad. Como no des el día libre a los obreros...

—No puedo. El trabajo nunca se ha interrumpido. ¿Sabes qué significan esos postes que bordean la plataforma?

—Aquí tengo unos mapas. A! parecer son simples lanzaderas de emisiones taquiónicas. No soy ingeniero.

—Yo tampoco.

—No hay otra alternativa que ordenar la destrucción de Murdar. Espera... Me pregunto una cosa. —Stein frunció el ceño y luego sus

ojos brillaron—. Es posible que fuese... Si, eso es. No puede ser que Kassandra soto tuviese el plan a medio trazar. Ella no es científica, ni pensarlo. Por lo tanto, alguien debía suministrarle las órdenes. Y también me pregunto cuánto tiempo le queda a la plataforma para estar concluida. ¡Si es que no lo está desde hace tiempo, al menos parcialmente y ahora sólo se está ampliando!

—Karl... No te comprendo.

—Dime, Pam. ¿Cuántas horas se trabaja en el cráter?

—Diez.

—Por lo tanto el resto del ciclo diario está todo desierto, ¿no? ¿O acaso existe allí una guardia?

—Eso no lo sabía y me enteré con sumo cuidado de que nadie queda allí. Sólo el retén en Punto Alfa vigila el subterráneo.

—Muéstrame a Kassandra.

—¿Acaso piensas despertarla?

—Tal vez.

Y sonrió mientras seguía a Pam.

CAPITULO VII

Las dos cortas noches de Murdar debían ser aprovechadas, se dijo Stein mientras caminaba a paso ligero por la plaza en dirección a Punto Alfa.

Después de contemplar. a la verdadera Kassandra, antes que Pam la sometiese al proceso de volverla a la vida, Stein consideró que su belleza resultaba excesivamente primitiva comparada con la auténtica de quién la suplantaba. Prefería a Pam, sonrió. Se palpó el arma tomada de Omega. Con ella se sentía mejor.

Llegando a la entrada del edificio geométrico se preguntó qué hacia en las habitaciones de Kassandra un moderno equipo de suspensión animada. Pam lo usó sencillamente, sin preguntarse para qué servía. Sólo vio en él un magnífico medio para mantener a Kassandra fuera de la circulación mientras ella la representaba, con menos éxito del que había esperado cosechar.

El guardia le franqueó la entrada. Por su condición de encargado de los trabajos especiales su presencia no despertó ninguna sospecha. Pese a todo, otro hombre le siguió hasta el andén. Allí, ante su mirada cargada de creciente recelo, Stein montó en la máquina y simuló durante unos momentos un interés por su estado de servicio. Cuando conectó el motor, el guardia corrió hacia él, mientras empezaba a sacar la daga, inexplicablemente olvidando la pistola. Tal vez aún no pensaba que el comportamiento del hombre que había vencido a Cupiers era extraño.

—Eh, ¿qué haces? No se puede poner esto en marcha por la noche.

Karl deseó más tiempo, pero ya no podía obtenerlo. Sacó el láser y disparó antes que el guardia saltase sobre la máquina. El hombre fue arrojado a las otras vías paralelas con un redondo agujero en el

cuello que casi terminó decapitándolo.

De las escaleras salían los demás guardias. Gritaban desaforadamente. Uno empuñó la pistolá y disparó varias veces. Las descargas se perdieron en los últimos vagones.

El tren se internó en el túnel. Stein saltó antes que la velocidad aumentase. Lo vio alejarse, perderse en la oscuridad. Llegaría al cráter dos horas más tarde, pensó mientras se pegaba contra la rocosa pared y atisbaba en dirección al andén.

Durante un rato escuchó conversaciones, pero ningún guardia se atrevió a internarse en la negrura del tubo. Más tarde se alejaron las voces. Seguramente irían a informar.

Entonces Stein saltó al andén y ascendió por la empinada escalera. Pasó por el estrecho pasillo que conducía a la residencia de Kassandra. Una sombra surgió de allí.

—¿Todo bien, Karl? —preguntó Pamela. Vestía una blusa negra y unas calzas cortas, muy ajustadas.

—Sí. Deben creer que ahora viajo al cráter.

—Hay un tren reserva. Pero tardarán mucho tiempo en ponerlo en marcha. Antes tendrán que conseguir el permiso de Kassandra.

—No perdamos tiempo. No tardarán en volver. Seguramente Cupiers tomará el mando cuando no la encuentren y él conducirá personalmente el segundo tren.

Entraron en el vestíbulo. Allí se detuvieron. No esperaban encontrarse con nadie. Pero había otro guardia. La sorpresa de éste fue demasiado grande. Seguramente pensaba que Stein volaba hacia el cráter en el tren robado.

Pamela se anticipó a Stein y abatió al guardián. Karl respiró ruidosamente y dijo algo respecto a su buena puntería.

En la plaza vieron que los guardias corrían en dirección a la residencia Omega. Se alejaron de allí y apresuraron el paso hacia las afueras de la urbe. Subieron a un vehículo aparcado detrás de las sombras de unas casas antiguas. Pam se puso ante los mandos y dijo:

—El viaje no será tan rápido a través de la superficie. Nos llevará casi todo un día en alcanzar el cráter. —Se estremeció—. Y te confieso que prácticamente desconozco lo que nos encontraremos. No son bulos los peligros que se pregonan por ahí, que conste.

Mientras la muchacha arrancaba el motor. Stein echó un vistazo a la parte trasera del vehículo. Allí estaba, maniatada, la verdadera Kassandra. Había despertado y lo miró con ojos encendidos. Tenía una mordaza y Karl se alegró de ello.

Cuando el vehículo empezó a avanzar surgieron unos relámpagos de las casas laterales. Los rayos de luz incidieron en el motor y éste empezó a fundirse. Se detuvo bruscamente.

Stein comprendió el peligro que corrían. Gritó a Pam que saltase, antes que el calor llegase al depósito de combustible. Ella le obedeció y entonces él se acordó de Kassandra. Saltó al interior y se la echó a los hombros.

Corrió cuanto pudo alejándose del vehículo. Se refugió detrás de una esquina en el momento preciso en que se produjo la explosión. La noche quedó iluminada por un poderoso fulgor escarlata. Stein dejó caer el cuerpo y jadeó. Intentó buscar a Pam.

Unas figuras le rodearon. Llevaban armas y lámparas que dirigieron contra él, cegándole. Cuando una luz se volvió reconoció a uno de los que le rodeaban. Aunque no había tenido mucho trato con tal persona desde que llegó a Murdar lo reconoció como al doctor Osborn.

El hombre le sonrió ampliamente, rodeado de guaridas con pañuelos rojos al cuello.

—Hola, Karl Stein. —Miró el cuerpo que había a su lado Meneó la cabeza y agregó—: No ha tratado bien la nuestra reina, pese a haberla salvado de perecer carbonizada.

Alguien destacó y preguntó con recelo:

—Osborn, ¿seguro que es Kassandra?

—Si, la verdadera. Pronto capturaremos a la mala actriz que pretendió emularla —rió Osborn— dando unos afectuosos golpes en la espalda de Brick.

Desde el suelo, y antes que se dejase levantar por los guardias, Stein cruzó la mirada con Brick, que le hizo un gesto como dándole a entender que había perdido la partida.

* * *

Desde el interior de la casa en construcción, Pamela vio como el

grupo de hombres conducía a Stein hacia el interior de la urbe. Luego llegaron más hombres y empezaron a registrar la zona.

Dio un amplio rodeo y alcanzó un lugar desde donde observó que Stein era llevado al interior de Punto Alfa. También entraron Osborn y aquel tipo que había estado acompañando al agente de la Superioridad. Creía saber como se llamaba: Brick Connors.

Quedóse desconcertada. Pero su aturdimiento no la impidió comprender que debía alejarse de allí. A lo lejos brillaban las lámparas de los que estaban buscándola. Recordó que todos llevaban distintivos especiales no los rojos pañuelos al cuello de los guardias de Kassandra, sino cascos de acero. ¿De dónde había surgido aquel ejército?

Sin duda Osborn era el jefe indiscutible de ellos Había surgido del anonimato aquella noche. ¿Por qué Osborn, por lo tanto, debía ser quien ordenaba a Kassandra lo que debía hacer, quien la utilizaba como tapadera.

Y también estaba Brick. ¡Maldición —Había fingido amistad hacia Stein. Seguramente bajo indicación de Osborn lo vigiló estrechamente. Entonces recordó que había escuchado algunas conversaciones entre los residentes. Se referían al doctor. Ella no prestó mucha atención porque las consideró habladurías sin importancia. Al parecer, Osborn era un tipo introvertido, que se dejaba ver poco por la urbe. Sólo aparecía cuando se le necesitaba y nunca cultivó amistad alguna con alguien. Tampoco se le conocía aventura sexual, pese a que su placa indicaba que era heterosexual. Ninguna mujer podía ufanarse de haberse acostado con él. Ese era el tema de las habladurías.

Pamela se refugió en un cobertizo y procedió a quitarse los restos de la máscara. Sacó un pañuelo y liberó de su cara los últimos rasgos de Kassandra. A Pamela O'Leary la conocían poco porque había permanecido pocos días entre los residentes antes de desaparecer. Los sicarios de Osborn estarían buscando la doble de Kassandra. Pronto amanecería y ella podría confundirse entre la población. Los hombres del casco dejarían su símbolo y algunos volverían a usar el pañuelo rojo. Pamela estaba convencida que la mayor parte de la población de Centro Gamma era ajena a lo que estaba ocurriendo.

Ocultó aún más su arma, dejando nada más a la vista la daga.

Cuando el gran sol rojo se alzó sobre las del amanecer y las vías empezaron a estar concurridas, salió del escondite y se mezcló con los entes.

Entró en la primera cantina que vio. Era muy pequeña y ya tenía bastantes clientes. Muchos solían desayunar con café fuerte y licor.

Ocupó una mesa y pidió café y carne asada. Tenía hambre. Cuando empezó a comer apretó los labios al recordar que sólo disponía de una tarjeta a nombre de Kassandra y otra al de Pamela, de la que no se desprendió. Tendría que usar alguna de ellas. No tenía remedio. Si intentaba largarse sin pagar podía ser peor. Comió despacio, retardando el momento del pago.

Cuando la camarera se acercó, le tendió la tarjeta Pamela, que ella se llevó al mostrador para computarla. Tardó demasiado en volver. Cuando lo hizo se la dejó sobre la mesa y se llevó el servicio vacío.

Pam respiró tranquila. Decidió quedarse allí un rato, mientras pensaba. De alguna forma tenía que ir al cráter. Allí habrían llevado a Stein. Si aún vivía debía salvarlo. Ambos podían esconderse cerca del astropuerto en espera del carguero. Era su única salvación. Un anciano se acercó a ella. Se apoyaba en un alto cayado y la miró.

—Alguien desea verla. Sígame.

Estuvo tentada a no hacerlo, pero pensó que si la habían descubierto no podía tratarse de los hombres de Osborn o de Kassandra. Ellos no habrían empleado ninguna clase de artimaña para hacerla salir.

Siguió al renqueante anciano al exterior. Cruzaron unas vías y llegaron a la parte vieja de la urbe. Allí las casas estaban abandonadas desde hacía tiempo y muchas empezaban a desmoronarse. El viejo levantó cayado para señalarle una abierta puerta. Dijo:

—Entre.

Pam escrutó con recelo la puerta. Despacio bajó mano y rozó la culata de su láser. Cuando se volvió viejo no estaba allí. Anduvo hasta el interior de la casa. Estaba oscuro y se detuvo.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

No recibió respuesta y consideró la posibilidad de marcharse. Pero antes se adentró más. Cuando estaba a punto de dar media vuelta sintió por un segundo presión de un arma en sus riñones.

Luego ésta se retiró. Su dueño no quería darle ninguna pista de dónde estaba, sino sólo que estaba armado. Escuchó:

—Ni se te ocurra hacer alguna tontería, Pamela. Vuélvete muy despacio.

Lo hizo y vio a Cupiers. Llevaba una pistola, con la que la encañonaba.

—¿Cómo has sabido quién soy?

Cupiers sonrió.

—Hace unos días conté a la camarera que al final encontramos el cuerpo de Pamela O'Leary. Ella leyó nombre en la tarjeta que le entregaste. Has tenido suerte que me llamase. Entonces yo envié al viejo con el recado.

—¿Esto es una suerte para mí? —preguntó Pam con sorna.

—Desde luego. De alguna forma vamos a trabajar juntos.

—¿De veras? No sé cómo podrás convencerme!

—Hace unas horas vi a Kassandra, a la verdadera Me contó algunas cosas que me dejaron sorprendido ¿Cómo podía imaginarme yo que es Osborn quien maneja el asteroide? Kassandra le obedece, así como un montón de tipos que siempre pensé me eran fieles. ¡Me siento como un estúpido!

—Últimamente están ocurriendo muchas sorpresas —rió Pam.

—Kassandra me ha demostrado su desprecio —dijo Cupiers amargamente—. Aunque parezca ridículo yo estaba enamorado de ella. Creo que lo sigo estando. Pero ella sólo quiso utilizarme. A través mío organizó un grupo de adictos e hizo que la población creyese que Kassandra sólo se preocupaba de su bienestar.

—¿Te dijo también lo que está intentando hacer en el cráter?

—Me confesó que estuvo a punto de decirme para que servirá la plataforma, pero que desistió porque no se fiaba de mí.

—Sin embargo en esta ocasión te lo ha contado toda ¿no?

—No todo, me temo. Me dijo que debía mostrarle mi cariño llevando a la mujer que la suplantó, engañando incluso por algún tiempo a su jefe, a Osborn. Pamela, ella te odia.

—Lo imagino —suspiró Pam—, Y ahora tú te ganarás su afecto llevándome a su presencia.

—No volveré a cometer el mismo error. —Cupiers guardó la pistola—. Sólo quería hablar contigo. Quiero que me digas qué es lo que pretenden Kassandra y Osborn.

—¡Ojalá lo supiera! Stein y yo intuimos que intentan dar un golpe mortal a la Superioridad.

—¿También tu eres agente de la Tierra? ¿Como Stein?

—Me envió la Realeza, los Señores de las Estrellas.

Cupiers lanzó un silbido.

—¿Los Señores ayudando a la Superioridad?

—Ante los mits la explicación es lógica, ¿no? Quizá no deseamos volver a tomar las armas para una nueva guerra cruenta en favor de la Tierra. Preferimos abortar el intento de invasión Mit.

—Sí, siempre es menos costoso, en armas y vidas —asintió Cupiers. Meneó la cabeza—. Pero me resisto a creer que Kassandra los ayude. Por mucho que odie a la Tierra por haberla enviado aquí no la considero tan infame como para venderla a esos monstruos.

Pam entrecerró los ojos y asintió.

—Eso también me confunde a mí, pero las evidencias son claras. Existen algunos puntos por los que los mits pueden irrumpir desde su dimensión para lanzarse contra la Tierra. El mejor es éste. Sospecho que en cráter se levanta un campo magnético que los mits utilizarán para cruzar la barrera dimensional.

—Pamela, aún amo a Kassandra y le otorgo el favor de la duda; pero si estás en lo cierto no dudaré e combatirla.

—Lamentablemente poco podremos conseguir tú y yo solos —dijo ella con amargura—, Y quiero salvar Stein, si aún vive.

—Karl está vivo. Piensan interrogarlo más tarde. Es tán inquietos porque temen que su plan se venga abajo. Eso demuestra la intranquilidad de Kassandra y Brick, aunque Osborn está sorprendentemente tranquilo.

—Osborn —silabeó Pamela—. Ese maldito... Cupiers, quiero que me cuentes más cosas acerca de vuestro inefable doctor.

—No entiendo.

—Será más tarde. Ahora dime si tienes algún plan.

Cupiers sonrió. Señaló hacia la urbe.

—Déjame unas horas. Sé distinguir los que no están de parte de Kassandra. Les hablaré. Luego, un grupo extenderá la noticia. Si es preciso levantaré todo Centro Gamma contra los aliados de los mits... si realmente es cierto. En caso contrario no haré nada contra Kassandra. La amo demasiado.

—Comprendo —dijo Pam—, Ahora háblame de Osborn. Quiero

saberlo todo acerca de él, aunque sean detalles que estimes como mínimos.

CAPITULO VIII

Con ropas más anodinas proporcionadas por Cupiers. Pam dedicó las siguientes horas, mientras su nuevo y precario aliado estaba ausente, en vigilar los movimientos de adictos a Kassandra en la urbe. ¿O debía decir partidarios de Osborn?

Pasó varias veces delante de Punto Alfa. Allí entraron grupos, sin excepción, llevando todos los pañuelos rojos, además de los pequeños cascos que colgados del cinto.

Algo se estaba preparando, pensó. En el siguiente amanecer podía decidirse todo. Una vez estuvo en el astropuerto. Allí sólo había un hombre, un viejo técnico que con voz cascada le dijo que el próximo carguero de la Superioridad no llegaría hasta la jornada siguiente.

Encontró a Cupiers o éste la encontró a ella. La llevó hasta su propia casa. Después de cerrar la puerta, dijo:

—He pasado consignas a casi toda la población. Les he dicho que alguien está usando a Kassandra para ayudar a los mits —respiró hondo—. Todos odiamos a la Superioridad, pero ninguno es capaz de llevar a cabo semejante crimen. Hemos oído hablar de los mits y de las viejas guerras.

—¿Te han creído?

—A medias. Gracias a que todos notaron que Kassandra se comportó estos últimos días de forma algo extraña —sonrió—. Eso te lo debo a tí.

—Entonces me alegro de ser tan mala actriz.

—No digas eso. Nos engañaste a todos... hasta cierto punto. La población me ha dado un margen de confianza, de credibilidad. Lo tengo todo organizado para dentro de unos treinta minutos. En estos momentos se están repartiendo armas y por grupos marcharán

hacia Punto Alfa.

—Estás pensando invadir el cráter —musitó Pan

—Allí Kassandra tendrá que decirnos la verdad.

—¿Qué versión te contó ella?

—Dijo que estaba preparando un campo espacial secreto, que algunos amigos suyos sabían donde estaba Murdar y enviarían naves a liberarnos cuando reuniesen el capital suficiente para comprarlas.

—¡Absurdo! ¿Quién pagaría la cuenta?

—Nos habríamos dedicado a la piratería, o algo así. Pamela...

—¿Sí, Cupiers?

—Si no es cierto lo que sospechas mi cabeza no durará un segundo sobre los hombros.

—Ni la mía. Yo iré contigo.

—No creía que...

—¿Qué esperabas? No suelo dejar a los amigos e la estacada.

Cupiers se mordió los labios.

—Envidio a Stein. Debes quererle mucho.

—Es posible, pero tengo un trabajo que cumplir.

—Yo también —replicó Cupiers lúgubremente.

* * *

El guardia que vigilaba la entrada de Punto Alfa sospechó demasiado tarde que aquel día estaban ocurriendo cosas extrañas alrededor del edificio geométrico. Cuando quiso entrar para avisar a su superior ya estaba rodeado, sintió un golpe en la cabeza y cayó al suelo. Unas manos lo echaron a un lado y la puerta que custodiaba fue abierta de un empujón.

Pamela se precipitó al interior, Corrió tanto que dejó atrás a Cupiers y el primer pelotón. Penetró en el vestíbulo y se enfrentó a los hombres que salían del cuerpo de guardia. Amartilló la pistola con ambas manos y los conminó a rendirse. No deseaba matarlos. Ignoraba si eran fieles a Osborn o simplemente éste los utilizaba.

Pero aquellos guardias no comprendieron que tenían delante un grupo decidido a todo. Empezaron a desenfundar sus armas y los otros dispararon.

Algunas dagas silbaron en el aire al mismo tiempo que aullaron los haces de luz mortal. En pocos segundos cayeron al suelo, formando un montón de cuerpos sin vida.

Entraron más gente. Llegaron técnicos que colaboraron en las brigadas voluntarias especiales. Ellos dispusieron el tren de reserva y pronto todos los vagones y plataformas de material se llenaron de hombres.

Pamela calculó que disponían de un ejército, un poco anárquico, de casi dos mil hombres y mujeres, que aunque aún reflejaban cierta duda, estaban decidido a poner las cosas en claro. Ella montó en la máquina junto a Cupiers y otros hombres que se encargaron de manejarla.

Cupiers echó un vistazo atrás. Sobre el andén quedaron aún muchas personas que no encontraron sitio en el convoy. Ellos se encargarían de vigilar la urbe.

Entonces hizo una señal y la máquina se puso en marcha, rugiendo hacia el interior del túnel.

—Nos detendremos a unos dos kilómetros de la superficie —dijo Pamela.

—¿Por qué? —preguntó Cupiers.

—Si anunciamos nuestra llegada con el tren nos podemos encontrar conque nos esperan apuntándonos con todos los láseres que disponen. Y me temo que ellos serán más de doscientos y mejor disciplinados.

El hasta entonces lugarteniente de Kassandra asintió. Pam tenía razón.

—Sí, tengo que confesar que nuestras fuerzas no tienen la mínima virtud operativa.

—Dos kilómetros podemos recorrerlo caminando. Atisbaremos y según veamos lo que hay afuera podemos ir sacando los voluntarios en grupos. Lo principal es reducirlos sin violencia o, al menos, convertir sus fuerzas en un grupo sin importancia.

—Y también velar por la seguridad de Stein, ¿no?

—Desde luego —replicó ella afirmando la mandíbula.

* * *

Kassandra miró furibunda a Osborn.

—No estaré tranquila hasta que tenga delante a esa puta que me suplantó. Le dedicaré un día entero en matarla lentamente.

El doctor movió la cabeza.

—Olvídala ahora. Tarde o temprano la encontraremos. En el asteroide no puede nadie ocultarse para siempre. Ahora tenemos otras cosas más importantes que hacer.

Kassandra vaciló. Aún se encontraba mareada. Había permanecido muchos días en estado suspendido y en cierto modo la habían despertado un poco violentamente. Aquella perra usó su equipo para mantenerla en buen recaudo, pensó. Ella lo tenía porque utilizaba el sistema automático para dormir. Era una forma de no envejecer. Sólo transcurría el tiempo subjetivo para ella en la proporción de dos tercios diarios. Sentía verdadero pánico a no poder salir de Murdar pronto, convertirse en una vieja allí.

El equipo se lo proporcionó Osborn y aún ella no había conseguido saber cómo lo consiguió.

Osborn obtenía todo lo que se proponía, al parecer. Además de haberla alzado a la jefatura de Murdar después que el día antes que ella retó al anterior jefe lo drogó para que perdiera el combate. Lo sabía y no le importaba. Sólo quería salir de allí y vivir la vida en alegres mundos dónde su belleza aún despertaba pasiones primitivas.

—Sabía que Osborn preparaba algo grande en el cráter. Según éste quería convertirlo en una bomba gigantesca que proyectaba lanzar contra el sol rojo, que convertiría en nova. Aunque Kassandra no sabía donde estaban exactamente en la Galaxia, tenía que creer a Osborn cuando le aseguró que la explosión de la gran estrella podía alcanzar muchos sistemas planetarios de la Superioridad. A cambio de desactivar el proceso que sacaría el asteroide de su órbita, ellos pedirían a la Tierra medios y riquezas para huir a un mundo donde la ley de la Superioridad no les pudiera alcanzar.

—Dije a Cupiers que me trajese a Pamela —insistió—. Ya debía estar aquí.

—Tal vez llegue pronto —dijo, molesto, Osborn.

Caminó hacia el cobertizo donde estaba Karl Stein, vigilado por Brick Connors.

Kassandra le siguió, con el ceño fruncido. Miró a Brick. Nunca pensó que éste trabajase para el doctor. ¿Por qué no se lo había dicho a ella? Conocía a Brick y siempre lo creyó uno más, sin la menor importancia. En cierta forma ahora comprendía por qué, —cuando ella lo elegía para integrarlo en los trabajos especiales, el doctor invariablemente lo rechazaba. Quería tenerlo bajo su mando directo.

Echó un vistazo a los hombres. Estaban trabajando duramente con los postes, uniéndolos todos. Hasta entonces sólo una cuarta parte de ellos habían estado unidos entre sí. Ahora lo estarían todos. La fuente de energía, producida por una pequeña central atómica situada a la derecha del túnel, estaba ya trabajando. Unos pocos hombres la vigilaban. Bajo el cobertizo estaba el panel de mandos, a pocos metros de donde Stein se hallaba tumbado.

La plataforma brillaba bajo el rojo sol, reflejando en su extensa superficie la luminosidad escarlata del amanecer. Al otro lado del asteroide la ingenua población de Centro Gamma seguiría con la diaria rutina, sin saber lo que acontecía en las antípodas.

—No podemos perder el tiempo interrogándote, Stein —dijo Osborn reposadamente—. Tengo entendido que los espías de la Superioridad están preparados para no hablar aunque los cortemos a pedazos. También, creo, sois inmunes a casi todas las drogas. Por lo tanto, si no deseas explicarnos lo que sabe la Tierra de Murdar, voluntariamente, te liquidaré aquí mismo. Estoy cansado de tu presencia.

El doctor sacó una extraña arma, ante la cual Kassandra hizo un gesto de asombro. Nunca había visto nada parecido. En cambio, Brick permaneció imperturbable.

Stein se volvió hacia éste y le comentó:

—Confieso que me has engañado bien, Brick. Te felicito. Tu disfraz es perfecto. —Se volvió para mirar al médico—. También el tuyo, Osborn.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé sumar coincidencias. Tú eres el más enigmático de cuantos residentes posee Murdar. Y luego está tu pasión por conservar cadáveres. En cierto modo entre la población encontrabas todas las reservas que necesitabas para ocultar tu asqueroso cuerpo.

Kassandra dio un paso hacia Stein.

—¿Qué galimatías es éste?

—¿Por qué no das una vuelta por ahí y te aseguras que tos hombres no pierden el tiempo, Kassandra? —le dijo Osborn.

—¡No! Quiero que Stein me explique lo que está insinuando.

El médico se encogió de hombros.

—Como quieras. Supongo que, por tu bien, tengas la entereza de asimilar lo que sea.

Entonces Stein la miró y siguió:

—Osborn nunca hizo un trasplante, ¿no? Me aseguré que así fue. Por lo tanto, él fue el primero en sospechar de Pamela, que no era Kassandra. Y estuvo seguro cuando notó que uno de sus preciosos cuerpos, el de una mujer en este caso, le fue robado. Lo usó Pam para que todos creyeran que era ella. Su engaño fue bueno, excepto que no sirvió para Osborn, que reconoció de quién se trataba. Pero calló y esperó el momento. Entonces también tenía sospechas de que la que todo el mundo creía era la líder era una enemiga.

—La Superioridad se ha excedido enviando espías —suspiró el doctor.

—No, doctor. Ahí te equivocas. No lucháis solo contra la Superioridad. También los Señores de las Estrellas están combatiéndoos.

—¿A quiénes combaten?

A la pregunta angustiada de Kassandra, Stein respondió:

—A los seres de Mit.

* * *

El tren se detuvo y Pamela bajó la primera. Le siguió Cupiers. Despacio, fueron detrás de ellos los demás. Caminaban en dirección a la luz que había al fondo. El terreno con las vías magnéticas se iba elevando en una pendiente suave.

—Habrá vigilantes en el exterior —dijo Pam.

—Saldremos tú y yo primeros —mostró un dispositivo que llevaba colgado del cinturón—. Con esto enviaré una señal a los grupos. Cuando la reciban subirán todos en tropel.

—Confiemos que arriba no dudarán ya.

—No lo sé. Aún tenemos que disipar sus recelos finales.

Los laterales del túnel estaban cubiertos de arbustos. Avanzaron ocultándose en ellos. Así consiguieron salir a la luz del día. Descubrieron los guardias. Estaban lejos y de espaldas. Quizá lo que pasaba en el centro del cráter les llamaba más la atención.

—Déjamelos a mí —susurró Cupiers—. Los conozco. Me son fieles y me escucharán. Les diré que antes que obedezcan a Kassandra o a Osborn deben oírme.

—Es muy arriesgado. De todas formas te estaré cubriendo. Si noto algo extraño no dudaré en disparar contra ellos.

Cupiers sonrió.

—Nunca me habré sentido mejor defendido.

Y resueltamente salió de los arbustos, caminó sobre las vías y se dirigió al guardia más cercano.

—Hola, Mike —saludó con desparpajo.

El otro se volvió y abrió la boca de puro asombro. Tanto era que ni siquiera se acordó que sostenía un rifle en sus manos.

—Cupiers... —tartamudeó—. ¿Cómo demonios has llegado hasta aquí? No hemos oído el segundo tren —comentó señalando el primero que estaba detenido al final de las vías, a poca distancia del comienzo de la plataforma.

Luego miró a Pamela

—¿Quién es?

—Escucha, Mike. Quiero que prestes atención. Sé que tú eres de los que fue reclutando Kassandra entre otros. Ella formó su pequeño ejército particular y luego os dijo que debíais obedecer a Osborn como si fuera ella, ¿no?

—Sí, así es. Y me pregunté muchas veces por qué tú no estabas metido en el asunto.

Pamela, al lado de Cupiers, observó que otros guardias se iban acercando despacio. Más allá, a la derecha de las vías, se alzaba un cobertizo. Estaba muy lejos y no pudo identificar a las personas que estaban debajo. Pero creyó que una era Kassandra, y el hombre sentado en el suelo podía ser Stein.

—Estoy seguro que seréis fieles a la jefa, pero no hasta el extremo de poner en peligro a la raza humana de esta parte de la galaxia, ¿no es cierto? —dijo Cupiers.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Pam se mordió los labios. Pensó que no era aquélla la forma más

eficaz de hablar a hombres que le miraban con desconfianza. Uno se acercó por detrás de Cupiers. El sol le daba en la espalda y no distinguió su rostro. Cuando se dio la vuelta ya era tarde. Al mismo tiempo el llamado Mike había alzado su arma y los apuntaba. Entonces el hombre próximo a Cupiers se movió como un relámpago y le sujetó los brazos, echándolos atrás.

Ella quiso arrebatar el dispositivo del cinturón de Cupiers, cuando un negro cañón se le interpuso.

—Quieta —le conminó el hombre que había agarrado a Cupiers.

Entonces lo reconoció. Era Brick Connors, quien tras mostrar una sonrisa ordenó:

—Llevadlos ante el jefe.

CAPITULO IX

—Me has decepcionado, Mike —le escupió Cupiers cuando estuvieron ante Kassandra y Osborn.

—Ya conozco lo que ibas a contarme.

—¿De veras? Creo que no sabes nada.

Mike se encogió de hombros.

—Hola, Pam —sonrió Stein desde el suelo—. Es una gran sorpresa para mi tu nuevo aliado.

—Un hecho inesperado, desde luego —contestó Pam.

Cupiers miró al agente de la Superioridad y no supo qué decir. Pero ambos hombres, después de sostener la mutua mirada un rato, terminaron sonriendo.

Osborn, apoyado contra unas cajas de metal, lo presenciaba todo con los brazos cruzados y gesto cargado de paciencia.

—El final se aproxima, amigos —dijo—. Dentro de poco todos los postes estarán conectados y la vía libre será un hecho.

—¿Y llegarán los mits con sus máquinas de guerra desde la dimensión donde fueron confinados por sus muchos delitos? —preguntó Cupiers en voz alta, con la pretensión de que todos los guardias próximos le oyesen.

—Así es. Y nadie podrá parar las naves de guerra de Mit. Antes que la Superioridad reaccione tendrá una poderosa flota cerca de la Tierra.

Kassandra avanzó unos pasos y se puso en medio de todos. Paseó su mirada iracunda y exclamó:

—¿Qué demonios es este asunto de los mits? Cuando Brick notó que algo raro ocurría en la entrada del túnel Stein habló de los mits. ¿Qué tienen que ver esos monstruos aquí, en muestro proyecto?

—Eres una ingenua, Kassandra —suspiró Stein. Contempló su

alta y esbelta figura—. Iba a decirte que tú has sido la peor engañada. ¿Qué te ha dicho Osborn que es la plataforma y para qué servirá?

Ella se lo dijo con palabras atropelladas. Contó que para no convertir en nova el sol JL-345 obtendrían de la Superioridad naves y riquezas que disfrutarían en algún apartado lugar de la Galaxia.

Stein soltó una carcajada mientras contemplaba cómo Kassandra enrojecía con intensidad.

—Oh, sigue, Karl Stein —le apremió Osborn—. Siento curiosidad por saber si de verdad has llegado al fondo de la cuestión.

—Creo que sí, doctor Osborn. Seguiré llamándote así porque los nombres mits son impronunciables para una garganta humana. Bajo tu capa de bonachona humanidad se esconde un reptil, un mit. Es el motivo por el cual acaparabas los cuerpos de cuantos morían en la urbe. En tu almacén de cadáveres debían haber docenas. En cambio no hay uno solo. Incluso utilizabas las mujeres muertas. Necesitabas esa carne y esa piel para poder cubriros con eficacia, para mezclaros entre los residentes sin despertar la más mínima sospecha. Vosotros los mits no podéis conseguir un disfraz artificial.

—¿Osborn es un mit? —articuló Kassandra.

Stein asintió. Miró a Pamela. Ella no estaba al tanto de todo, aunque sí muy cerca. En cambio, Cupiers abrió los ojos desmesuradamente. Comprendía que la chica se aproximaba a lo que sabía Stein. Por eso ella preguntó tantas cosas acerca de Osborn.

Pamela confesó:

—Solo creía que era el doctor.

—¿Es que hay más mits aparte de Osborn? —preguntó Cupiers.

Con el mentón, Stein señaló a Brick. Luego indicó a los guardias.

—Ellos son mits. Fueron llegando aquí lentamente. Sin la plataforma, la salida desde la dimensión donde están los mits es muy difícil y lenta. Si los observas comprobarás que entre todos existe algo que es común en ellos.

Después de un somero reconocimiento, Cupiers dijo:

La estatura.

—Así es —asintió Stein—. A veces por la noche desaparecía alguien, invariablemente que tenía entre uno sesenta y uno setenta. No más alto ni menos. Es a causa de la estructura corporal de los

mits, ¿sabéis? Osborn usaba sus rostros y parte del cuerpo, pero a veces ciertas partes se deterioraban y tenía que renovar lo dañado. Por eso conservaba en frío a cuantos morían asesinados o en duelo.

Cupiers miró a Mike de soslayo. Este se giró hacia él y asintió.

—Sí, soy un mit.

—¿También ellos? —preguntó señalando a los que trabajaban en los últimos postes.

—Exactamente somos ochenta y dos —dijo Osborn—. Me llevó mucho tiempo componer este pequeño ejército. Yo vine primero a bordo de una pequeña nave, tras muchos años de intentar romper la barrera dimensional. Un día conseguí secuestrar al doctor. Al investigarlo a él y luego a la comunidad a través suya, concebí el plan. Lo despellejé y conseguí insertarme sin que nadie sospechara nada. Luego, lentamente, fui haciendo que otros camaradas fueran llegando. Como médico me desenvolví tranquilamente. Nadie sospecha de mis cubos de basura llenos de sangre y algún que otro trozo de carne —rió.

Cupiers tenía a poca distancia a Kassandra. Convulsivamente se apartó de ella. Pam le dijo:

—No temas. Ella es humana.

Y pensó que Cupiers había sentido una súbita repulsión ante la idea de haberse acostado con ella, haber amado sin saber que bajo su cobertura humana palpitaba un monstruo.

—Efectivamente —se lamentó Osborn—. Aunque la ayudé a alzarse con el poder, tuve que desechar la idea de que uno de los nuestros se cubriese con la hermosa apariencia externa, según su concepto de la belleza, por supuesto. Pero supe utilizarla convenientemente. Las veces que me insinuó que Cupiers debía recibir mí confianza de nosotros, tuve que negarme. —Lo miró con desdén—. Eres demasiado alto, inadecuado para un mit. Por todo lo cual me vi obligado a concebir u plan, ya que temía que ella no colaborase muy a gusto en favor del triunfo de Mit.

Kassandra perdió el control de los nervios e intentó alcanzar a Osborn. Su incipiente salto fue cortado por un golpe de Mike. La mujer cayó de rodillas al suelo. Otro guardia tuvo que contener a Cupiers cuando ésta intentó socorrerla. Despreciando lo acontecido, Osborn se volvió ceñudo hacia Stein.

—¿Por qué sospechó la Superioridad que aquí sucedía algo?

—Las solicitudes de material, aunque excesivas, no correspondían con los informes que nos daban los pilotos de los cargueros. Se envió bastante, pero nunca tanto como detectamos desde el espacio. Claro que nunca pudimos descubrir que la mayor concentración radicaba en el cráter. ¿De dónde se sacó tanto acero y energía?

—Desde Mit, a muy elevado precio —rezongó Osborn—. En estos años han parecido muchos compatriotas nuestros rompiendo la barrera, cruzando el espacio inestable y lanzando al cráter los pertrechos. Ni siquiera un diez por ciento de estos valientes pudieron volver.

Pero con la plataforma el traslado desde nuestros mondos será seguro al cien por cien. La barrera será perforada y existirá un paso amplio y seguro por el cual llegarán las naves de guerra y millones de combatientes. Esta vez nos desquitaremos de las derrotas sufridas en el pasado.

Hizo una pausa, meneó la cabeza y Stein temió que en cualquier momento, ante semejantes movimientos bruscos, la piel del doctor se desprendiese de la horrible cara que ocultaba.

—Y no sólo destruiremos la Tierra, sino que también enfilaremos nuestras proas de guerra contra los mundos libres de los Señores de las Estrellas, los sacaremos de sus palacios de marfil. No he hemos olvidado que ellos son tan culpables de que perdiéramos las antiguas guerras como la Tierra y la Superioridad —dijo mirando a Pamela.

—¿Quién te ha dicho que procedo de allí?

—Se lo dije yo, Pam. ¿Qué importa ya? —admitió Stein.

—Eres un estúpido,. Karl —masculló ella.

Se acercó a él y levantó la pierna para golpearlo. Osborn lanzó una carcajada e impidió con un gesto a los guardias su intervención. Pero Pam no lanzó la puntera de su bota contra la cara de Stein. Se volvió y su golpe dio en el estómago de Brick. No sabía si los Mits tenían alguna clase de estómago, pero siempre sería doloroso allí el puntapié, pensó.

Brick aulló guturalmente y doblóse como si le hubieran acuchillado con una daga vibratoria. De un tirón, Pam se apropió del cinturón de Cupiers y apretó el dispositivo que sostenía. Luego quiso sacar el arma. Se lo impidió un guardia, levantando sobre su

cabeza el arma para golpearla con la culata. Desde el suelo, Stein se arrojó contra las piernas de éste y le hizo perder e equilibrio.

Pamela amartilló el arma y saltó detrás de las cajas. Desde allí disparó. Había apuntado a Osborn, pero éste se apartó y el dardo de fuego destrozó a un guardia. La carne humana saltó chamuscada y detrás se vio parte del vicioso cuerpo de un mit.

Cupiers rodó por el suelo, se incorporó un poco y agarró a Kassandra por un brazo. Intentó llevarla fuera del cobertizo. Entonces sintió que una bola de fuego crecía a su lado. Notó el tremendo calor y parte de su camisa salió ardiendo.

Pamela cubrió la retirada de Stein, lamentando tener que dejar a Osborn huir. En un momento que pudo atisbar por encima de las cajas de acero vio que Brick se ponía a salvo también. Los otros guardias se habían dispersado.

Stein se acercó a ella y le tendió las ligaduras. Cuando Pam se las cortó de un disparo controlado, dijo:

—Entendí tu gesto, pero no comprendo aún cómo saldremos de ésta, encanto. Los tipos que están trabajando en la plataforma no tardarán en venir y estaremos rodeados.

Miró con gesto contrariado el otro extremo del cobertizo. El panel de mandos estaba fuera de su vista, al otro lado de un macizo muro. En cualquier momento Osborn podía llegar hasta allí y manejarlo para activar los postes.

—Procura mantener agachada tu cabeza —rió Pam—. Sólo necesitamos unos instantes.

—¿Para qué?

Pam no pudo responder. En las cajas estallaron varias descargas. El metal se puso al rojo vivo y ellos se retiraron un poco.

Vieron que la posición de Cupiers y Kassandra era pésima. Apenas unas láminas de aluminio y restos de recortes de metal formaban su parapeto.

Stein se alzó cuanto pudo y miró al centro del cráter. Tal como había temido, docenas de hombres y mujeres, en realidad mits enmascarados, abandonaban el trabajo y se dirigían hacia allí. Pero aún se sintió peor cuando comprendió que debido a la distancia no se habían percatado de lo que sucedía. Sencillamente, su labor había concluido. Los postes estaban listos, expedito el paso para la invasión.

De pronto debieron comprender que cerca del túnel ocurría algo anormal porque empezaron a correr. Stein pensó que el final estaba cerca. No podrían durar ni un minuto ante tantos enemigos y con solo su láser.

Al moverse a un lado vio un cuerpo inmóvil. Estaba como a unos diez metros. Era el guardia que Pam había matado. Sintió ganas de vomitar. Era como una mezcolanza extraña entre humano y mit. Pero lo que interesaba era la daga vibratoria que había a su lado.

Se la señaló a Pam.

—Si puedo arrastrarme hacia ella... Cúbreme con algunos disparos.

—¿Para qué demonios quieres una daga, cuando necesitamos un cañón? —protestó ella—. Además, la carga del láser se debilita.

—Hazlo y no preguntes —gruñó Stein empezando a arrastrarse.

Sabía que era la única forma de obligar a Pam a disparar con prodigalidad.

Reptó sobre el áspero suelo y escuchó detrás los sucesivos disparos de Pam. El enemigo dejó un momento las armas.

Alcanzó la daga. La asió con fuerza y empezó a retroceder. Aún estaba lejos de la posición cuando palideció al ver surgir de detrás de unos raquíticos matórrales a un guardia. Le había visto.

Se dobló y trató de alcanzar una gran roca. Escuchó el silbido del láser y una parte del suelo donde estuvo un segundo antes se transformó en una calcinante hoguera. El guardia se acercó más, dispuesto a no fallar el siguiente disparo. Stein le lanzó la daga con toda sus fuerzas.

El acero se hundió en el pecho y allí empezó a vibrar. La herida se agrandó y empezó a subir hasta e cuello del guardia. De sus manos cayó el arma. La daga alcanzó la garganta, impidiendo el grito de muerto que apenas había empezado a emitir.

Aún no había caído al suelo cuando Stein saltó sobre él y agarró la daga, desconectándola. Dio una patada al sangrante cuerpo y cogió el arma. Regresó junto a Pam, tumbándose junto a ella. Alzó sus trofeos con abierta sonrisa.

Ella estaba pálida y consiguió resoplar aliviada

—Lo has pasado mal, bribón.

—Oh, no tanto como el otro. Ahora estamos mejor ¿no?

—Por poco tiempo, me temo. Mira.

Stein sacó la cabeza y observó que los operarios de la plataforma estaban llegando, sacaban sus armas y se desplegaban ante ellos bajo las órdenes de Brick.

—¿Por qué no salen del túnel? —murmuró Pam

—¿Quiénes han de salir?

—Condenación, Karl. No te he dicho que trajimos unos cientos de residentes. Llegaron con nosotros en el tren y los dejamos en el túnel. El dispositivo que pulsé tras arrebatárselo a Brick ha debido enviarles una señal, además de que a través de él han debido estar escuchando todo lo que hablamos anteriormente. ¡Si eso no es suficiente para convencerlos que no nos enfrentamos a sus compañeros, sino a enemigos de los humanos...!

—Admito que Cupiers es listo, porque supongo que la idea fue suya.

—Sí.

—Os habéis compenetrado bien durante el poco tiempo que habéis estado juntos, ¿eh?

—¿Celos?

—Sólo profesionales. Me disgusta tener que compartir la gloria con otros.

—Poco será lo que vamos a compartir si no mantenemos lejos a Osborn del panel de mandos. —Pam lanzó un gemido—. Oh, no. Karl, esos malditos poseen láseres enormes. Nos van a achicharrar apenas consigan montarlos a unos cien metros de nosotros.

Stein echó un vistazo a través de una rendija. Efectivamente, unos pocos mits, con sus apariencias de hombres y mujeres, estaban colocando sobre un trípode un láser de perforación. No poseería mucho alcance, pero su foco destructor era enorme. Bastaría un solo disparo para arrasar todo el cobertizo. Calculó que la distancia que les separaba desde el muro donde estaba la consola de mandos era demasiada. Sólo allí conseguirían evitar que les calcinasen. El enemigo no se atrevería a poner el peligro el dispositivo de mando de la plataforma.

Luego miró a Cupiers y Kassandra. Ambos estaban pegados al suelo, muy juntos. Su posición era mala. Si aún no habían sido eliminados debía deberse a que al no disponer armas el enemigo todavía desconocía su situación.

—Pues vamos a tener que largarnos de aquí, preciosa —decidió

Stein.

—¡No! Antes debemos destruir la consola.

—¿De qué nos servirá? En pocas horas Osborn puede construir otra.

—Ganaríamos tiempo...

Calló. Lejos empezaron a ocurrir cosas. Sonaron disparos, extraños. Primero fueron espaciados y escasos. Luego tronó una densa descarga. Pamela gritó:

—¡Son los hombres de Centro Gamma!

—Ya era hora —gruñó Stein.

Sacó el cañón del rifle e hizo unos disparos contra los que intentaban montar el gran láser.

Abatió a uno y vio perplejo como los demás se volvían. Estaban dirigiéndolo contra la masa humana que surgía del túnel.

Notó unos roces a su espalda. Se volvió para mirar. Vio a Kassandra, seguida de Cupiers. Ambos se habían acercado aprovechando el desconcierto entre los mits. Iba a saludarla con una frase irónica cuando el rifle le fue arrebatado de las manos.

Luego, ante la sorpresa de todos, Kassandra se incorporó y saltó de la seguridad del refugio.

—¿Qué hace esa loca? —preguntó Stein.

—Quiere evitar que los mits maten a sus —hombres— explicó Cupiers antes de seguirla.

Kassandra corrió vertiginosamente en dirección al gran láser. Mientras salvaba la distancia con sus largas piernas iba disparando con el arma apoyada en la cadera. Dos o tres mits fueron derribados, pero los demás se volvieron y dirigieron contra ella sus armas ligeras.

Bolas de fuego empezaron a florecer alrededor de Kassandra. Muy cerca, Cupiers la gritaba que se cubriese. Estaba a punto de alcanzarla cuando ella se tambaleó. Su cuerpo fue atravesado más veces antes de caer sobre el terreno, justamente cuando Cupiers le abrazaba las piernas.

Desesperado, Stein se levantó. Desde allí se hizo cargo tras un rápido vistazo de lo que sucedía. Cientos de hombres se abrían delante del túnel. Corrían y disparaban. Los atónitos mits apenas podían contenerlos. Muchos de los asaltantes debieron ver caer a Kassandra y su furia se incrementó. Habían comprendido que su

jefa había sido herida, tal vez muerta, para evitar que el cañón láser los aniquilase a todos apenas surgían del túnel.

Eran demasiados contra los mits, pero aún quedaban bastantes de éstos. Stein y Pam vieron como un grupo se dirigía hasta las proximidades del cobertizo. Entre ellos iba Osborn. Comprendieron lo que pretendía.

El falso doctor quería alcanzar la consola de mandos y activar los postes que perforarían la barrera dimensional, dando paso a la instantánea invasión procedente de Mit.

Y los combatientes de Centro Gamma estaban aún muy lejos y ocupados en arrasar las escasas líneas defensivas mits. Además, ellos no sabían lo que pretendía Osborn ni la utilidad de la solitaria consola situada ante el muro de metal.

Pam intentó alcanzar la consola antes que el enemigo. Dos disparos cerca de ella la hicieron desistir. Se tumbó al lado de Stein, desolada.

—Al final esos malditos se saldrán con la suya —dijo—. Unos segundos después que se rompa la barrera arribarán en la plataforma cientos de naves de guerra de Mit. Deben estar esperando en su dimensión desde hace tiempo.

Stein miró hacia el centro del cráter. Podía correr hacia allí e intentar romper uno de los postes. Tal vez al desequilibrarse la unión no fuese posible establecer el contacto. Pero había casi un kilómetro hasta el poste más cercano. Antes que hubiese recorrido la mitad del camino, Osborn habría dispuesto de tiempo suficiente para realizar la conexión diez veces.

Acarició la daga. Siempre le habían dicho que nadie como él para lanzarla. Ahora sabría si efectivamente era un maestro con ella.

CAPITULO X

Pamela siempre recordaría aquel momento. Como en una escena ralentizada, vio que Karl daba la vuelta al montón de chatarras, se situaba sobre el entarimado, casi al extremo del cobertizo. Ella procuró distraer a los mits que cubrían la consola con algunos disparos, pero siempre apuntando mal porque no podía apartar la mirada de los movimientos de Stein.

El agente de la Superioridad saltó detrás de una viga y desde allí se dispuso a lanzar la daga.

Aprovechó los únicos tres segundos que el enemigo le facilitó para situarse sobre una buena posición. La consola y Osborn apenas eran visibles. Entre el jefe Mit y él estaban dos sicarios más, que acababan de descubrirle y se giraban despacio con las armas amartilladas.

Stein echó el brazo atrás. Apenas veía los cabellos de Osborn asomar por encima del muro de acero. Pero era suficiente para darle una situación teórica de donde estaba la consola. Apuntó contra el muro. Un láser podía necesitar más de un minuto de fuego continuo para perforarlo la mitad, ya que la distancia le hacía perder poder. Pero Stein había insuflado a la daga toda la potencia de su carga. El acero vibró mientras cruzó el aire en medio de un estridente silbido. En aquel momento los mits dispararon contra él. Pero ya estaba arrojándose de cabeza a una zanja y los haces de muerte pasaron por encima. Además, Pam salió al descubierto y mataba a uno y hería al otro.

Con rabia, Stein se aferró a la tierra grasienta de la zanja y se encaramó, fuera. Asomó la cabeza sin importarle nada. Quería comprobar si su intento tenía la menor posibilidad de ser útil.

Vio como la daga se hundía en el acero, vibrando con fuerza.

Desapareció el mango en el muro, escupiendo trozos de metal, como una incontenible perforadora. Desde el otro lado, tal vez, Osborn comprendió lo que estaba pasando, adivinando lo que iba a suceder unos segundos más tarde.

De pronto se escuchó un seco estampido al dejar de percibirse el lacerante vibrar del acero taladrar el muro. Había alcanzado la consola. Sonó un ahogado ulular al ser cortocircuitados los elementos del mando a distancia. Luego, un choque blando.

Al instante, de detrás del muro apareció la figura tambaleante de Osborn. Tenía clavado en el pecho la daga, en sus últimos estertores. Dejó de agitarse la empuñadura cuando el jefe mit cayó de espaldas, resbaló por el suelo y rodó hasta el terreno pedregoso.

Como si de repente hubiera despertado de una pesadilla, Stein terminó de incorporarse de la zanja. Tenía los brazos caídos y las manos le pesaban horriblemente. El esfuerzo al lanzar la daga en pleno comienzo de su máxima vibración se le había antojado como si le estuvieran arrancando del hombro el brazo derecho. Se juró que nunca volvería a hacer algo semejante.

Los últimos mits fueron abatidos por los residentes.

Sabía que tendría que ser así. Los mits nunca se rendían. No daban ni pedían cuartel.

Esperó a que Pamela se reuniese con él y los dos se acercaron hasta donde había caído Kassandra. La vieron tendida de bruces. Sobre ella estaba el cuerpo sin vida de Cupiers. Durante algún tiempo la había estado protegiendo de los disparos enemigos. Algunos debieron atravesar a ambos, pensó Stein sintiendo un doloroso estrangulamiento en el pecho.

Lentamente se fueron acercando los hombres y mujeres de Centro Gamma. Fueron formando un círculo alrededor de ellos. Todas las miradas estaban fijas en Kassandra y Cupiers.

Cuando el sol rojo empezó a ocultarse, Stein comprendió que había pasado mucho tiempo. Dijo roncamente:

—Debemos llevarlos a Centro Gamma.

Algunos llevaron unas tablas sobre las que depositaron los cuerpos. Luego formaron un numeroso y apretado cortejo y se dirigieron al túnel.

Los más capacitados, con expresión dolorida en sus caras, encontraron el ánimo suficiente para impartir instrucciones. Las

bajas propias estaban siendo llevadas al tren cercano a la plataforma. Un grupo, como si lo hubiera comprendido todo a la perfección, empezaron a derribar los postes. Stein pensó que más adelante debían, también desmantelar hasta el último metro cuadrado de la plataforma.

El primer tren partió desde el túnel hacia Centro Gamma. Se lo hizo saber su aullido, al ponerse en marcha. El otro se fue acercando lentamente hasta el túnel y allí se detuvo. Los hombres que conducían la máquina se quedaron con la mirada puesta en ellos. Les esperaban.

Entonces Stein y Pamela se percataron que eran los últimos.

—Debemos irnos —dijo Stein.

—Sí. ¿Qué pasará ahora con Centro Gamma, Karl?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Pero pienso que estos hombres y mujeres han luchado por algo más que sus vidas, por mucho más que por la fidelidad que le tenían a Kassandra.

—La Superioridad debería reconsiderar...

—¿Quieres decir que debería liberarlos?

—SI

—Es difícil. No sé qué harán ahora. Desde luego informaré de todo y te juro que por mí no quedará. Pero es casi imposible liberar a miles de convictos.

—Al menos se les puede mejorar las condiciones de vida en Murdar.

—¿Sin Kassandra? Será difícil encontrar otra líder como ella.

Echaron a caminar hacia el tren. Docenas de ojos cansados los miraban.

—El carguero llegará esta noche —dijo Stein.

—¿Partirás enseguida?

—Puedo demorar su salida un día o dos, no más.

—Supongo que no te importará que viaje contigo. Desde los mundos de los Señores de las Estrellas tuve que dar un largo rodeo para llegar hasta aquí. Nadie en mis planetas sabía dónde estaba Murdar.

—No seas mentirosa —rió Karl.

—¿Mentirosa?

—Claro. Vosotros sabéis las coordenadas de Murdar. Si no, ¿cómo sospechasteis que Mit quería utilizar el sol rojo para invadir

la galaxia humana?

—Pero yo vine entre una partida de condenados…

—Fue necesario. —Stein se detuvo y aguzó la mirada—. Pamela, me temo que ni siquiera con mi informe favorable, aunque componga una oda alabando la heroicidad de los residentes, la Superioridad consienta premiarles dándoles la libertad condicionada.

Ella puso las manos en las caderas.

—¿Qué me estás insinuando? Me huelo algo deshonesto…

—No sé qué pensarás tú. Pero creo que dentro de algún tiempo podrían llegar a Murdar algunas naves desconocidas, las suficientes para embarcar a todos los residentes y llevarlos a algún mundo.

—¿Por ejemplo a un mundo libre, en donde la Superioridad nunca pudiera echarles una mano?

—Sí, ¿por qué no?

Ella rió, se dejó enlazar por el talle por el brazo de Stein y dijo:

—No es mala idea. Ah, no olvidaré decirte cuál será ese mundo.

—¿Es que quieres que lo visite alguna vez?

—Confío que el capitán del carguero no tendrá inconveniente en dejarme en algún mundo desde el que pueda volver al mío. Sí no lo hago mal podré pedir a mis Señores que preparen la flota para dentro de poco tiempo. ¿Conoces Algardar?

—¿En la constelación del Pájaro?

—Sí. Allí tenemos unos mundos que queremos colonizar. Son hermosos y los residentes de Murdar se sentirán a gusto.

Se miraron a los ojos.

—Allí nos encontraremos, Pamela.

—Así lo espero.

Y subieron al convoy, riendo.

FIN